

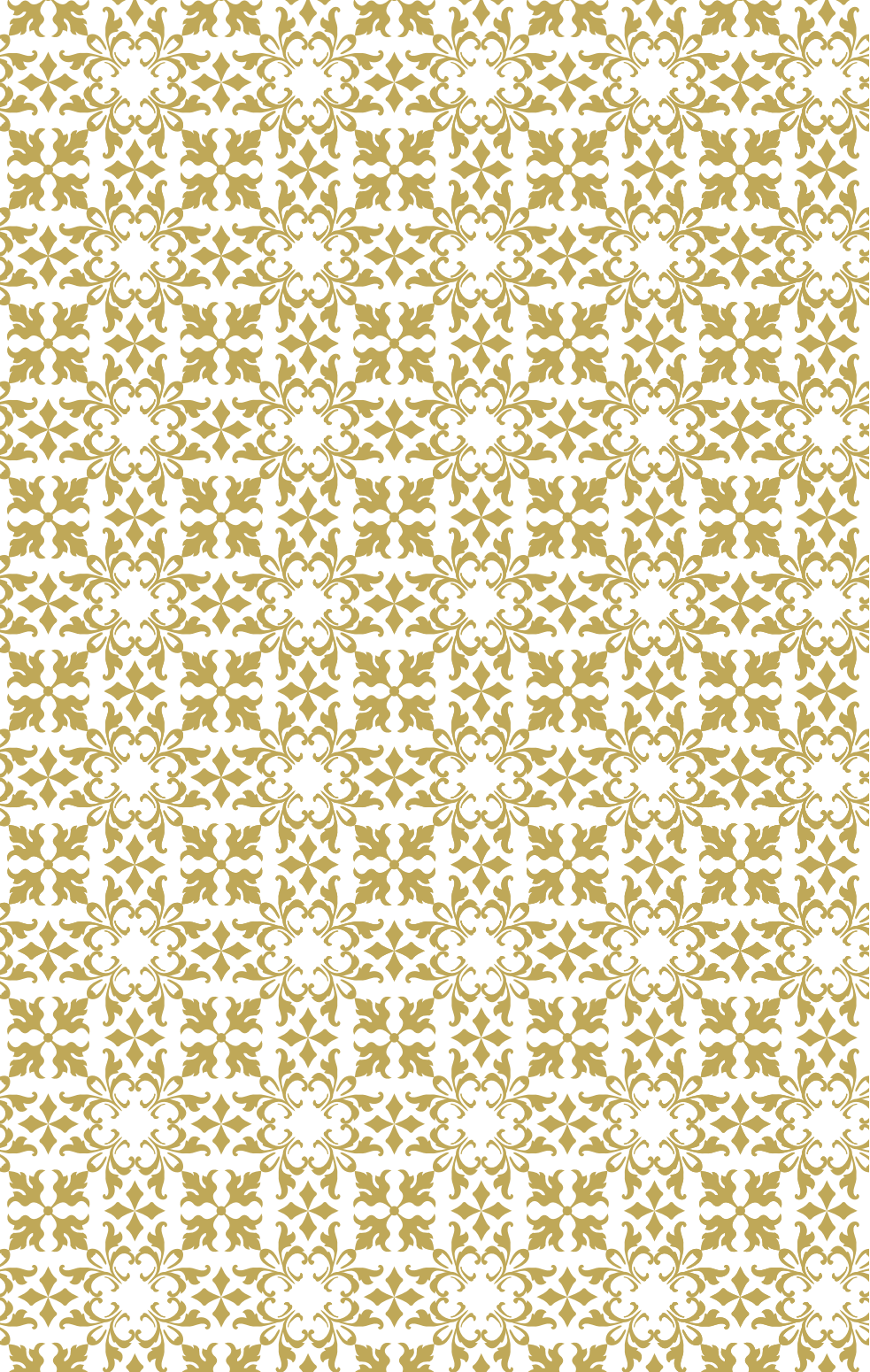
COLECCIÓN
♦ CAMINANTE ♦
FERNANDO DEL PASO

Un lugar de paso

Françoise Roy



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Un lugar de paso



Françoise Roy

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Un lugar de paso

Françoise Roy



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2019

Director de la colección
Fernando del Paso Morante

Coordinadora de la colección
Carmen Villoro Ruiz

Autor
Françoise Roy

Prólogo
Patricia Rosas Chávez

D.R. © 2019, Universidad de Guadalajara



**EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA**

José Bonifacio Andraza 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Noviembre de 2019

ISBN 978-607-547-633-9



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado lector:

A casi una década de su creación, el Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este Programa atiende un problema social que se encuentra en la base de la educación y realiza acciones no sólo para el desarrollo de habilidades como leer y escribir en el ámbito universitario, sino que también promueve el placer por la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, en México sólo una de cada cuatro personas tiene más de 25 libros en su hogar (Conaculta, 2016). Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por ésta.

Las colecciones literarias de narrativa, Caminante Fernando del Paso; de poesía, Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo, Fernando Carlos Vevia Romero, expresan

un mensaje que la Universidad de Guadalajara quiere transmitir a toda la ciudadanía: leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

9	Prólogo
11	Un lugar de paso
16	El astrólogo y la muerte
21	La escalera de caracol
25	La nave va
30	Una tarjeta postal desde Australia, 40 años después
34	Siempre comió mejor que nosotros
38	La ventana de la sala da a un sauce llorón
40	La otra orilla
50	Nací
52	Cuando una magia menor

- 57 En el riel de la izquierda**
- 63 En la linde entre el ver y no ver**
- 67 Ojos de otro mundo**
- 74 Fábula de la hija única**
- 80 Como una nube estacionaria arriba
de un estanque**

Prólogo

Querida lectora, querido lector:

Cuando propusimos a don Fernando del Paso que esta colección de narrativa llevara su nombre, sugirió que mejor se la llamara “Caminante” en alusión al poema de Antonio Machado. Generoso como era, quiso compartir con nuestros estudiantes de la UdeG una serie de lecturas que les animaran y contribuyeran a su gusto por la lectura. Alcanzó a elegir los primeros veinte títulos. Sirva la continuidad de esta colección Caminante, que también lleva su nombre, como un merecido homenaje y agradecimiento por su legado.

Vivimos una época en la que los radicalismos se vigorizan y acentúan; la intolerancia, la falta de respeto y reconocimiento a la otredad se muestran sin pudor en forma de xenofobia, racismo, homofobia o misoginia; el estigma es su raíz y la violencia su manifestación en diversas formas. En el caso de las mujeres, pese a que representamos la mitad de la población, existe una marcada inequidad en todos los ámbitos, y se padece violencia de muchos tipos que tiene su culmen en los feminicidios. Educar en la integración, la igualdad, la inclusión y el respeto implica reconocer las diferencias,

las inequidades, dar la voz y empoderar a quienes han padecido la invisibilización y el silenciamiento.

Por ello, celebro que la poeta y escritora Carmen Villoro Ruiz, en tanto coordinadora de esta colección, haya sugerido que los diez títulos que ahora presentamos sean las voces de escritoras mexicanas contemporáneas; propuesta que fue acogida con gran entusiasmo por el Comité Editorial de Letras para Volar: “Se trata de la mujer de nuestro tiempo: inteligente y crítica, sensible y propositiva.” Carmen dixit. De este modo, damos voz, empoderamos, visibilizamos y educamos en la equidad e integración. Sirva esta decisión también como un homenaje a Lucinda Ruiz Posada cuyo activismo intenso por la justicia social brilló bajo la intensa luz de la discreción.

Patricia Rosas Chávez
Directora de Letras para Volar

Un lugar de paso

El hombre está saliendo del cuarto 12. La mujer que lo acompaña es una cuarentona recatada, de ésas a las que les dicen “bien conservadas”. Sale un poco después del hombre, arremangándose las medias y alisando con la palma de la mano las arrugas de la falda que realza la belleza de su figura. En ese lugar donde todos —infracutores, amantes y mucamas— se eluden con vergüenza, nadie mira a los demás a los ojos. Caminan con la mirada clavada en los pies, esos pies que se apuran en salir de sus respectivos cuartos al cabo de sus respectivos amores. “Amores” tal vez es una palabra muy ancha para describir lo que sucede a diario en el cuarto 12, desde lo más clandestino hasta lo más justificado bajo la flamante bandera de la libertad de conciencia.

Al pasar al lado del cuarto contiguo, el hombre, que se adelantó unos pasos, cree reconocer una risa familiar. Luego, un susurro de voces, promesas que suenan a eco lejano, como una moneda que cae al fondo de un pozo. El hombre aguza el oído. Pero no puede detenerse a escuchar: su acompañante tiene que regresar a casa, fingir pureza de corazón y, como buena madre de familia, desapego hacia los asuntos carnales. De todos modos, aunque tuviera tiempo de oír bien, la voz del cuarto de al lado está velada por el grosor de la pared, como si sus

ocupantes murmuraran palabras inconexas bajo una sábana gruesa.

El hombre, curioso de reconocer la voz del cuarto contiguo, procura caminar lentamente. Tarda lo más que puede en llegar al coche, abrirle la portezuela a ella y encender el motor, a riesgo de ver a su conquista de tres veces retorcerse las manos de nerviosidad, diciéndole que se apure, que no deben hacer esas cosas, que están en peligro. Los del cuarto de al lado todavía no salen de su escondite. Una cuadra después, con una mano en el volante y otra en el muslo tembloroso de su compañera, el hombre ve en el retrovisor un coche guinda que furtivamente está saliendo del estacionamiento del motel y enfila el carril de la izquierda. Detrás de sus lentes oscuros, alcanza mirar a los ocupantes del Cavalier rojo, que lo alcanzaron en el primer semáforo. Ahí está su mujer con un joven, evidentemente adinerado, de ésos que presumen sus “movidas” a los demás ejecutivos con quienes trabajan. Su esposa tiene la cabellera deshecha. Es obvio que la blusa recién fue desabrochada con lentitud, a no ser que haya sido arrancada con premura. Sólo las paredes del cuarto 14 lo saben.

Su conquista reciente, que siempre suelta una que otra lágrima de contrición después del cuerpo a cuerpo, diciéndole casi sin querer que lo ama, no repara en la pareja del Cavalier rojo. No hablan durante el resto del camino. El silencio del amante le parece a ella extraño: después de sus momentos a solas, él siempre tiene listo un discurso

sobre la culpa, ese remanente del oscurantismo religioso, o una cátedra sobre la bienaventuranza del amor sin barreras. Sólo le falta comparar sus respectivos adulterios con el logo de propaganda del Instituto Federal Electoral, que afirma que el voto “es libre y secreto”. La señora lo nota un poco alterado, demasiado callado. Pero no hace preguntas. La han criado para no hacer preguntas.

A la mañana siguiente, la señora se levanta temprano. A nadie le ha dicho, pero desde que conoce al licenciado, tiene pesadillas recurrentes y se sobresalta en la cama tan pronto rompe el alba. Se sueña seducida por hombres sin rostros que la embaucan como un demonio embaucaría a un cordero fuera del redil. Se prepara una taza de café para despejar el sueño de esas desveladas más y más frecuentes, que empezaron justo cuando ella cedió ante los accesos poéticos del licenciado, y abre el periódico. Al llegar a la página de la nota roja, deja caer un sorbo de café sobre el negligé, quemándose el muslo que en la víspera fue acariciado con pericia y deleite. Ahí está la noticia, en primera plana de la sección policiaca, tañendo como una campanada medieval que anuncia un brote de peste bubónica: EJECUTIVO MATA A SU ESPOSA EN APARATOSO CRIMEN PASIONAL.

La señora no quiere leer el artículo adjunto. Sólo reconoce, al calce, la fotografía del culpable, que se ve mucho más culpable ahora que en la víspera, cuando la trató de convencer de que nadie tenía por que enterarse de su idilio. No sabe que el artículo describe con

lujo de detalles cómo el asesino —un hombre descrito por sus familiares, conocidos y vecinos como un padre ejemplar y un esposo modelo— mató a golpes, y “sin querer” tal vez, a su legítima esposa, durante una discusión acalorada. “Sin querer” significa que obcecado por la ira, no se dio cuenta que la mujer se había desplomado por la gravedad de los golpes, y no por esos gestos teatrales tan suyos (así son las mujeres) que él conocía de memoria y despejaba con un “no te azotes, te estás poniendo histérica”. Sólo reparó en la gravedad de los puñetazos cuando el cuerpo de la víctima cayó en el piso de mármol impecablemente pulido, como un saco de harina en una bodega, blando y macizo. Al lado de la fotografía de él con traje y corbata —el mismo conjunto que llevaba puesto cuando se conocieron— está otra de un jornalero que estranguló a su concubina. ¡La foto del hombre que la hacía suspirar al lado de la de un criminal de fuero común que mató a sangre fría! Desde la cocina de su casa, se imagina las manos del albañil que no aflojan el anillo que forman alrededor de un cuello moreno. Un cuello moreno que jamás sería sometido a cirugía como el de la otra víctima con quien le tocó compartir una página de periódico, de cuyo nombre se enteró ella ahora mismo (la señora siempre insistió en no saber cómo se llamaba la esposa: era más fácil hacerle daño a alguien sin nombre).

Desde esa mañana en que abrió el periódico para reconocer un rostro familiar en la primera plana de la

nota roja, la señora vio recrudecer sus pesadillas. No quiso indagar nunca si el otro confesó, si huyó, si está preso, si salió impune de las redes de un sistema jurídico donde los nombres, apellidos, títulos y conocidos son pesados en balanzas invisibles. Ahora, sus pesadillas son de otra índole. Ya no aparecen seductores cualesquiera sin rostros, intercambiables en la barajada de la imaginación. Aparecen cuerpos de mujeres sin rostro, tendidos en la morgue, con las costillas fracturadas, la cara cortada, las muñecas turgentes. Mujeres que tendrían la mirada fija si no fuera por el hecho de que no tienen rostro.

El astrólogo y la muerte

Cuando la llave dio vuelta y él vio la habitación, en seguida le llegó la imagen del sueño que había tenido dos noches atrás: un ataúd de caoba con asas de metal para transportar su cuerpo hacia las fauces de la eternidad, los cirios prendidos, sus allegados como sombra en su alrededor, llorando. Un escalofrío le recorrió la espalda. Siendo él astrólogo, el futuro no tenía en su mente el mismo revestimiento de misterio que tenía para otros. Sabía cosas. Pero siempre había dicho él que la propia muerte de uno ha de ser siempre un enigma.

Salvo por la cama, que en aquel sueño era reemplazada por el féretro donde él yacía, todo era igual: el silencio del campo, la decoración rústica, la ventana por la que se veía el valle de Tapalpa. Pensó que todo era coincidencia, aunque nunca antes, por su oficio, había creído en el azar. Ahora quería creer en el azar; no iba a cancelar la ida al cerro con sus alumnas por una vil premonición.

Dejó su maleta en la habitación y bajó al patio donde las muchachas ya lo esperaban. La claridad del día le molestó. A nadie le dijo nada del sueño y de la correspondencia entre lo que acababa de ver al abrir el dormitorio y la pesadilla de su propio velorio.

Caminaron cerro arriba. Todas las mujeres reían; el único asustado era él. Conforme iban subiendo, las imágenes se formaban como réplicas materiales del sueño. El pidió mentalmente una señal. Si había llegado su hora, quería una señal. Fue cuando vio los perros que lo seguían, flacos, hambrientos, sarnosos; los mismos perros cuyos ladridos se oían en el sueño atrás de la puerta cerrada del cuarto que servía de velorio. Sabía que la muerte siempre llega con un séquito de perros descarnados, sus heraldos, y que en su caso no llegaría por detrás porque él estaba demasiado alerta y demasiado iniciado para que ella lo tomara por sorpresa.

Trató de acelerar la marcha, pero el peso de una fuerza invisible no lo dejaba avanzar. Sus pies se habían vuelto yunques, sus párpados temblaban. De repente, los sonidos exteriores empezaron a desvanecerse como en un murmullo, como el resplandor del faro de un puerto que se va perdiendo conforme el navegante avanza hacia alta mar. Lo único que oía aún era la voz de una de las mujeres, estruendosa y vital, sus carcajadas francas y sonoras.

El astrólogo se aferró al sonido de esa voz para contrarrestar el vértigo que sentía. Aunque luchaba para mantener el paso, ya caminaba a la zaga y las mujeres iban muy adelantadas en el ascenso del cerro.

Entonces, vio a la muerte. Nadie puede describirla. Ella se escabulle, no puede describirse con palabras. Pero él sí la conocía; la había visto en los velorios, ro-

deando a los accidentados, en sus tratados de alquimia y astrología. Los perros, ahora, lo rodeaban ladrando.

Se acordó de los bolillos que traía en la mochila, del jamón que se había llevado del hotel. Sabía que mientras la muerte no lo tocara, la profecía del sueño no se cumpliría. Le empezó a tirar comida a los canes para alejarlos. Lanzó un pedazo de carne que los animales se pelearon como aves de rapiña. En el torbellino adentro del cual sentía hundirse, sólo la risa franca y sonora de aquella mujer le llegaba, como un hilo delgado que lo mantuviera tenuemente aunado a la vida.

No quería morir. Hoy no. Mañana, en un año, en veinte, al azar, pero hoy no. La muerte lo miraba fijamente. Las mujeres ya se habían sentado en la hierba a descansar y lo esperaban. En el metro que lo separaba de la malvenida cabían, apretujados, sus casi cincuenta años como en una jarra de cristal. Si había distancia, él todavía podía negociar, lo sabía, aunque ya oía el zumbido de ella que le daba vuelta como bandada de zopilotes. Y negociar implica que uno tiene buenos argumentos; eso también lo sabía. Él empezó a hablar. No le preguntó a la muerte qué quería de él: la muerte no quiere más que una sola cosa y siempre es la misma. Pero ahora, ella le pidió al astrólogo algo a cambio de darle más tiempo. Se lo dijo claramente: “¿Qué me vas a ceder?” Y él le enumeró, con el hilo de voz que le quedaba, las razones por las que valdría la pena solicitar una prórroga: su hijo, sus clientes que esperaban de

él ayuda para lidiar con los embates saturninos de su destino, el asombro, ese deslumbrarse por los colores y la belleza, el tacto, el recuerdo de sus momentos felices, la sabiduría que le faltaba por adquirir. Insistió en el hijo. Le dijo a la muerte —quien, curada de espantos, no se inmutó— que el muchacho lo necesitaba. Le habló del amor como alguien describe una golondrina a un ciego de nacimiento. Entre él y la muerte, sobre ese escaso metro que los separaba, arrojó todo lo que él amaba y se lo puso ahí como una ofrenda, un puente sobre aguas que rugen en el torbellino de unos rápidos.

La muerte tendió la mano, abierta como un ala, para tocar su hombro. Pero la convicción del astrólogo era tan fuerte que ella no pudo tocarlo. Todo lo que él amaba —la astrología, el hijo, la promesa de vida que trae cada día como juramento secreto— formaron una muralla, visible sólo para la muerte, que tiene otros ojos que los de los vivos.

Cuando por fin pudo caminar de nuevo, atraído por la voz de la mujer que se reía, seducido como por un canto de sirena estando él amarrado al mástil, le preguntaron todas sus alumnas si se sentía bien. “Te ves pálido”, le dijo una. “¿Quieres descansar y que sigamos luego?” “No, caminemos hacia la cumbre, no es nada, sólo un mareo”, contestó él.

Llegaron a la punta del cerro. Hicieron una fogata, cantaron, rezaron. Acabaron el ritual de equinoccio que era el motivo del viaje. Cuando regresaron a la ciu-

dad, su médico le diagnosticó al astrólogo una diabetes fulminante. Le comentó con incredulidad que, dado su estado, era un verdadero milagro que no hubiera caído en un coma diabético. Lo despidió con una palmada de afecto en el hombro.

La escalera de caracol

Cada jueves, lloviera, nevara o tronara, él iba subiendo penosa, muy penosamente, la escalera de caracol, sendas manos apretando los dedos sobre las asas de dos maletas pequeñas, una roja y otra negra. Descansaba un rato en el rellano con los brazos adoloridos, y emprendía la ascensión de la segunda serie de peldaños que desembocaba casi en frente del cuarto donde lo esperaba Zoraida. Zoraida era un nombre prestado, afín a su oficio, como el de los escritores que adoptan un nombre de pluma. Lo que más le gustaba a él de ella, aparte de su temple saleroso y ese toque de melancolía cuando su mirar se perdía por la ventana, era la ingele, que parecía formar un todo indisoluble con los ligueros de encaje.

Aquel día, él no los oyó entrar: las voces masculinas habituales, estruendosas, aparatosas, tapaban con su volumen y vehemencia el revoltijo de risas femeninas que siempre tañían en los pasillos y detrás de las puertas cerradas, como prístinas campanas de cristal. Él ya iba en el último escalón del segundo piso, lejos de la puerta de entrada de la casa de citas, cuando se dio una verdadera revoltura de muchachas: parecían haberse multiplicado como por generación espontánea en los cuantos minutos que él tardó en subir la escalera de caracol. Corrían despavoridas, gotas de mercurio

que huyen del punto donde cayó el termómetro de vidrio en la loseta. Él volteó la cabeza en un ángulo de casi ciento veinte grados; sus dos maletas yacían en el descanso entre las dos series de escalones como dos mascotas dóciles. No tuvo tiempo de urdir palabra: avistó en un relámpago los uniformes y las gorras, el silbato colgado en cada cuello a manera de estetoscopio profano: eran dos.

—Venga —espetó uno de ellos.

—Y esas dos maletas, ¿son tuyas? —terció él que venía dos peldaños atrás.

Él no respondió. Le pareció que el piso se tornaba gelatinoso, y no hubiera hecho falta un gran esfuerzo de imaginación de su parte para ver la duela del escalón tornarse líquida, todo él volviéndose un Cristo en equilibrio sobre el agua. La palabra “redada” parpadeaba en su mente como la luz de un faro en la más densa niebla. El segundo hombre volvió a gritar, al mismo tiempo que el clic de las esposas resonó alrededor de sus muñecas.

—Le pregunté que si esas maletas eran tuyas, señor.

Con la cabeza, él hizo una seña afirmativa. El sudor le perlaba la frente.

—¿Qué contienen esas maletas, querido? ¿Un cadáver descuartizado? ¿Unas armas de alto poder? —soltó el más flaco en una carcajada.

Ante lo que estaba viendo (muchachas llorando, hombres esposados en paños menores a medio pasillo, implorando que no se les avisara a sus esposas, la Ma-

dame que sacaba un fajo de billetes en un último intento por acallar a los intrusos), el hombre se ahogó con su saliva y se le cerró la garganta. No podía urdir sonido.

—Mira nomás, Ramón, hasta los muditos nos salen con sus chistosadas. Pervertidos todos. Pues ¿cuánto cobrarán aquí para que la gente tenga que venir armada con maletas repletas de billetes sólo para ver a las muchachas? A ver de a cuánto es el botín —rió el más alto de los dos.

—Tú toma la roja, yo la negra. Yo soy al revés de todo el mundo, el negro siempre me da buena suerte —contestó su compañero.

A la hora de levantar los dos velices —gemelos salvo por el color— los dos hombres intercambiaron una mirada de asombro. Voltearon hacia el aprendiz de preso, al unísono, como si la risa de hace unos segundos pronto hubiera dado lugar a la alarma y esperaran ver una bomba al abrir el bulto.

—Oiga, rabo verde, ¿qué tiene usted en esos petates que pesan como su madre?

La única respuesta que recibieron fue el zumbido de una mosca que se había sumado al aquelarre involuntario, que de un momento para otro había juntado a inquisidores y sacerdotisas paganas. Cada uno de los oficiales levantó una maleta, mientras que entre los dos empujaban al hombre de mirada saturnina hacia el primer cuarto a la derecha, cuya puerta entornada parecía intimarlos. Después de cruzar el umbral con miradas

de culpa, pasaron a ponerse a sus anchas. Depositaron los dos maletines en la cama y procedieron a abrirlos: nada de dinero, nada de ropa, sólo una cadena enroscada como víbora inerte, sin lengua bífida, enrollando el listón de sus eslabones de plomo, cada una plácidamente dormida en el fondo de su maletita.

—¿Y eso? ¡Maldito loco! Vámonos, Daniel. A ver si en la Comisaría nuestro amigo calladito se vuelve más locuaz.

Mientras miraba a los dos uniformados reírse frente a sus maletas abiertas, el hombre oyó la voz aflautada de Zoraida, arengando a sus verdugos fuera del cuarto.

—¡Cerdos! Ni se les ocurra maltratarlo. A mí méntanme al bote, pero a él no me lo toquen. ¡El único ser que conozco que sabe exactamente qué demonios tiene dentro! Nueve kilos de cadena necesita para que yo lo amarre a una cama, cada muñeca encadenada a los barrotes. Ni ocho y medio, ni diez: nueve kilos con cero gramos, señores, justo lo que puede levantar cada brazo. ¿Saben ustedes cuánto pesan sus propios pecados? ¿Saben cuánto mide su alma? Él sí lo sabe. ¡Cerdos!

El sol afuera se iba desvaneciendo, una llama moribunda coronando un pabilo invisible. Mirando los últimos rastros de la tarde por entre sus ojos neblinosos, y con las muñecas irritadas por el roce de las esposas, el hombre creyó oír a lo lejos el canto de un ruiseñor.

La nave va

*El Hombre no esperó la luz artificial
para procurar reducir las tinieblas.
Todo empezó el día cuando, jugando
con el tiempo, se puso a dividirlo
en segmentos más cortos.*
Daniel Boorstin, “Los descubridores”

Toda la noche él soñó que estaba en un barco o su equivalente. Primero, en un crucero de ésos que asemejan edificios flotantes o témpanos de lujo (de pie en la popa, veía pasar islas paradisiacas que parecían haber mordido gigantes invisibles, dejando en el litoral caletas turquesas y sin oleaje); luego, que estaba en una piragua, remando en aguas tranquilas; posteriormente, que estaba en un buque mercantil sobre cuya cubierta veía sucederse millas náuticas de océano en calma.

Al despertar, no recordaría claramente cuál de esos sueños vino primero, si el episodio onírico donde él, minúsculo, estaba bogando dentro de una cáscara de nuez de la India en un alta mar que amenazaba con encreparse, o si fue el otro sueño donde se veía a sí mismo desde una orilla invisible, a merced de un cabeceo un tanto amenazador, a no ser, tal vez, la escena donde en una barca al amanecer, en medio de un lago, apare-

cía él mirando el horizonte donde se estaba formando una tormenta descomunal, anunciada por nubarrones más negros que grises. De lo que sí está seguro ahora, rodeado por el chapotear de objetos arrastrados por el caudal, es que aquellos sueños —algunos de los cuales otros hubieran calificado de pesadillas— se enhebraban en orden de intensidad: iban de piélagos, lagunas o ríos apacibles hasta lugares de aguas bravías que golpeaban en el casco de la embarcación en turno. Medio despertaba entre sueño y sueño, a pesar del somnífero que había ingerido antes de acostarse, y modorro, volvía a caer dormido sin que lo abandonara la molesta impresión de no estar en tierra firme. En el último sueño, podría jurarlo, la nao donde navegaba se iba a pique, y fue la sensación de ahogo lo que hizo que despertara completamente cuando aún estaba oscuro.

Había decidido ir a pasar unos días en una cabaña prestada, a orillas de un bosque. Así —sin teléfono, ni música, ni televisión— despejaría la mente y decidiría con calma qué hacer respecto al problema que lo aquejaba. El hecho de que hubiese llovido mucho más que lo normal en ese temporal veraniego no le asustó en lo más mínimo: tenía una jeep nueva, con buenas llantas, y los caminos de la ciudad al campo, que él conocía de memoria, estaban cabalmente transitables.

Al despertar de golpe mientras se soñaba en pleno naufragio, sobresaltado, con el corazón hecho un reloj desbocado, no alcanzó a prender la luz: la casita de ma-

dera, casi en periferia del mundo dizque civilizado, carecía de electricidad y drenaje. Como buen ciudadano, él nunca había reparado en que uno puede salir tranquilamente de su casa, de noche, simplemente porque existe el alumbrado público. No es —se dio cuenta el primer día de su retiro— el claro de luna lo que permite ver más allá de las narices de uno y hacer vida diurna aun cuando ha caído la noche. Se sintió tonto de no haber pensado en traer en su magro equipaje de menos unas velas de emergencia o una lámpara de bolsillo. Había venido a la cabaña antes, pero siempre de día y sin quedarse a pernoctar.

Se incorporó bruscamente en la cama e instintivamente buscó la lámpara del buró con la mano. Agradeció que uno nunca muere en los sueños propios: la sensación de no poder respirar (incluso la idea misma de no poder respirar) le causaba una angustia descomunal, tal vez debida a una pulmonía infantil a la que había sobrevivido de milagro. Palpó su reloj de pulsera, que había olvidado quitarse, pero no le era de ninguna utilidad por no tener manecillas que brillan en la oscuridad. Recordó donde estaba y, mientras se asombraba de las tinieblas totales en las que estaba bañado el cuarto, se levantó y a tientas se dirigió hacia la ventana. Se oían cortinas de agua golpear el cristal, pero ni la forma de los árboles se alcanzaba a percibir por el cuadrado de vidrio. Habría sido la una, las tres, las cinco de la mañana, no tenía idea (qué pobre es la noción del tiempo,

reflexionó, cuando uno está dormido a pierna suelta). Regresó a la cama, se deslizó de nuevo bajo las sábanas e intentó volver a dormir; sin embargo, la taquicardia que le había provocado la pesadilla del agua invadiendo sus pulmones no lo dejó pegar el ojo. No le ayudaban a recobrar la calma ni el ulular de los animales nocturnos ni el estrépito de la tormenta. De vez en cuando, el fulgor de un rayo alumbraba el cuarto, que regresaba al instante a estado de noche cerrada. La Tierra gira, había que tener paciencia: tarde o temprano amanecería, tal vez más pronto que tarde.

Mientras cavilaba sobre tres soluciones posibles a su problema —no había pasado mucho tiempo desde el falso naufragio—, despuntó el alba. Él empezó a distinguir rayos de luz diurna filtrándose por el cristal de la única ventana que parecía mirarlo desde la pared desnuda, como un ojo cuadrado. De hecho, la cabaña, desde la senda de terracería por donde uno ingresaba al bosque, parecía un cíclope de madera con cuatro costados. Pronto la claridad del amanecer se hizo lo suficientemente intensa para que él pudiera ponerse de pie sin apoyarse en los pocos muebles que salpicaban el piso del cuarto. ¿Estaría soñando aún? Los árboles de la víspera que parecían resguardar la ventana habían desaparecido por completo: eso se podía apreciar claramente cuando iba apenas a la mitad de la pieza que era toda la cabaña. Se precipitó hacia la cristalera que encuadraba el cielo de tormenta a ver qué desastre natural podía

haber arrancado los pinos de cuajo. Fue cuando vio una de las dos orillas del río —que delimitaba el terreno por detrás— desfilando ante sus ojos. Una de cada lado (aunque él sólo divisaba una, pues la pared opuesta no tenía ventana). Sendas vigías, tal vez, de lo que inicialmente le pareció una broma. No reconocía en la ribera el paisaje habitual que adornaba el camino de su casa a la cabaña: la topografía y la vegetación eran distintas.

De repente, sintió que la cabaña daba un giro de cuarenta y cinco grados: la orilla boscosa desapareció, y apareció en su lugar la choza vecina. Flotaba a la deriva, dando vueltas en los remolinos que se formaban en la crecida. Después de mirar aquella aparición durante medio minuto, con los ojos abiertos como platos, distinguió un cerro de doble pico, inconfundible, que se alzaba al sur de su casa y de la cabaña, muy al sur. Tan al sur que quedaba a unos cien kilómetros de allí. La choza vecina iba ganado velocidad y, en la superficie de las olas que arremolinaban, se dejaban ver árboles arrastrados con todo y copa y raíces, descendiendo la corriente como balsas de infortunio. Ni pensar en abrir la puerta única de la cabaña y lanzarse a las aguas, que rugían ahora mientras el piso se zangoloteaba más y más bajo sus pies. Ya le costaba trabajo mantener el equilibrio, y tuvo que volver a la cama. Fue cuando recordó que en algún punto de aquel río (no sabía a ciencia cierta si era al sur o al norte), había unas cataratas donde su madre lo llevaba de niño.

Una tarjeta postal desde Australia, 40 años después

Yo he vivido todos los días de mi vida cumpliendo con lo que todos llaman el deber. Martillando en el taller para comprar pan y leche para los hijos que se sucedieron a un ritmo de uno por año como solsticios de invierno o equinoccios de otoño. Mi corazón es como una fruta un poco magullada: ha querido fielmente a quienes el Creador decidió acercarle, como era mi deber hacerlo. De aparecérseme ángeles encargados de un juicio express para poner en una balanza la totalidad de mis actos —aunque los ángeles, con sus túnicas siempre bien planchadas y sus alas de gansos, me parecen demasiado buenos para hacer de jurados o fiscales en un tribunal imaginario—, no encontrarían mucha cola que pisar. Trabajar, pagar, cumplir, sonreír a la adversidad, que a veces es más adversa que otras. En eso iba pensando mientras caminaba hacia la tienda de la esquina para comprar pan. Porque con nueve hijos, el pan siempre falta. El cielo, a mediodía, parecía un rebaño de ovejas sin patas y decapitadas que apacentaran en una pradera azul.

Desde la última nevada, he recorrido centenares de veces ese camino, enlodándome las suelas de los zapatos. “Joseph, ve a comprar harina, que ya se me acabó”;

“Joseph, el niño tiene calentura, necesito aspirinas de las chiquititas”; “Anda, Joseph, que no hay papel de baño.” En mi bolsillo traigo ahora cien veces más de lo que cuestan todas las aspirinas de la tiendita de don Arthur. He ido ahorrando cada semana una pequeña cantidad, monedas, que juntas se van acumulando y acaban sumando un dólar. Desde que vi una foto de los transatlánticos que llegan al puerto de Montreal, algo me ha aleteado dentro del pecho. Luego la imagen de los barcos me sube a la cabeza, y siento mis adentros nublados como un día de noviembre y lluviosos como un día de abril. Josette ni cuenta se ha dado de que le doy un poco menos para el mandado cada semana, tan ocupada que está en remendar calcetines, respuntar bastillas, sonar narices, preparar caldos, hornear pan y atender a una prole que ya podríamos juntar para formar un equipo de béisbol. No es que Josette no sea buena mujer; pero desde que puse ojos en la maldita foto del paquebote, en esa revista, he soñado despierto con palmeras. No descuidé mis responsabilidades, pero la imagen del mar adornado de espumarajos, de cielos más azules, del falso silencio de la noche tropical poblada de ranas e insectos extraños, ha parpadeado en mí como un faro.

Me consuelo pensando que me podría haber muerto. En el pueblo, muchos mueren jóvenes. Y de haber sido su destino una viudez prematura, ¿a quién le habría reclamado mi querida Josette? ¿A Dios? No con lo piadosa que es: ella habría dicho “ser viuda es mi

cruz”. Josette es una mujer sabia: ¿qué le reclama uno a un Dios mudo e invisible? Qué bueno que no me oye el cura, pues los pensamientos no hacen ruido, no me vayan a excomulgar. De haberse quedado sin marido por causas naturales, ni modo que regalara a nuestros hijos a la Caridad o que los mandara al orfanato sólo porque me dio pulmonía o me aplastó el tractor. Ahora, mientras estoy tan cerca de la tienda que puedo ver el tendedero detrás de nuestra casa, pienso en Josette como si fuese viuda: la ayudará su hermano, trabajarán pronto los mayores, algún ser providencial aparecerá en el umbral de la casa que no volveré a ver, como en los tiempos de Jesús. En la Biblia los ángeles se aparecen cada vez que alguien bueno está en apuros. Bueno, no siempre, hay lo de Job. Si Job fuera un nombre de aquí, así me llamaría. En las películas, la gente como yo hace maletas, y luego salen escenas de familiares que lloran y sacan pañuelos inicialados en el muelle; el protagonista azota la puerta al salir; o bien, se oye una voz de mujer que grita desde adentro. Yo sólo traigo los dólares que he ido juntando a partir de monedas desde que vi la foto del barco con los marineros en la cubierta, sonriendo con los pelos sueltos. Dicen que durante la travesía, uno puede trabajar para ganarse el pan. El pan que no compré ahora. Ya saboreo la brisa que si dedos tuviese daría caricias como las que dice el cura que son pecado mortal. El señor Arthur me saludó al verme pasar frente a la puerta. No sospecha nada.

La tienda, desde la carretera, parece ahora una cajita de fósforos. El techo apenas se distingue ya, la puerta es un cuadradito iluminado, porque en lo que yo caminé desde la casa y encontré quien me diera aventón a Montreal, se hizo de noche. El camionero que me recogió era bonachón, no me preguntó por qué iba yo a Montreal, así solito. Miró mi mano vacía, como si ahí debió haber habido una maleta o de menos un atado de ropa. Josette —que no es gente de muchas preguntas y que ahorra las palabras como yo ahorré mis monedas hasta juntar para el pasaje— entonces sí habría preguntado por qué traía equipaje sólo para ir a la tienda, ni que eso fuera mudanza, sólo vas a comprar pan a la esquina, bueno, no a la esquina, porque la tienda queda calle abajo a cinco cuadas de la casa que pronto será el epicentro de una búsqueda frenética. Claude, mi mayorcito, cree en los extraterrestres, aunque le dije mil veces que ésas no son creencias cristianas. Me imagino la cara de Josette cuando él diga: “Mamá, tal vez lo raptaron unos marcianos”.

El camionero está feliz de tener compañía, y me cuenta que un tío suyo, pobre como todos nosotros, mandó a hacer un árbol genealógico sin haber preguntado antes cuánto costaba eso. Y cuando le llegó la cuenta al pobre tío, a punto del soponcio, le dijo al que hizo el árbol que de menos, ahora sabía de donde venía su pobreza. Nos reímos a carcajadas. Las carcajadas me ayudan a no pensar demasiado en Josette. Yo sólo le dije al camionero que me dejara en el puerto.

Siempre comió mejor que nosotros

El gato de mamá siempre comió mejor que nosotros. En eso iba yo cavilando al salir de la recámara. No me esperaba ese olor. Aún lo tengo en las narices, y eso que ya voy doblando la esquina a pie, empapado en sudor. Veo el lago delante de mí y sólo me ronda en la cabeza —la veo dar vueltas alrededor de mi cerebro— la imagen de un espejo. El mantel de azogue apenas se mueve, como si estuviese extendido en plano encima de la cuenca lacustre y abajo soplara un viento débil que lo hinchara tantito, una brisa tenue que apenas hincha el velamen de un velero en un día sin viento.

Desde aquí —aunque estoy a tres cuadras del malecón— ya no percibo el olor a charales, ése que la gente de la ciudad llama “tufo”, pero que yo llamo “aroma a fritanga de pescado y limón”. Parece que ni siquiera estoy a orillas del lago (desde el zaguán de la casa de mamá, toda la vida vimos ese gran ojo de agua bordeado de puestos de charales, esa laguna que es como el ojo plateado de un cíclope). En este momento pienso que ese lago vuelto ojo forma cuerpo con el valle circular rodeado de cerros infestados de bugambilias, y me está observando fijamente. Me preocupa no oler a los charales, y más aun el otro olor que percibo ahora. Es

como si los charales hubieran desaparecido de un golpe y los changarros de las pescaderías de segunda donde los venden se hubieran convertido, como por arte de magia, en tiendas de armeros.

En las películas, nunca hacen mención del olor a pólvora. En las películas (sorprendente que en ese entorno tan propicio a las delicias de la mirada —el muelle, los barqueros, las colinas que parecen remojarse los pies en el oleaje apenas perceptible— nunca hayan pensado en rodar una película) todo es tan estético, tan pulcro: no hay tufos, ni pregoneros, ni charales que lo miran a uno con sus ojitos muertos desde el platito desechable, ni sábanas desarregladas, sino muertos exquisitamente maquillados, embalsamados casi al minuto de haber muerto, en posiciones de descanso, listos para ser suavemente olvidados. Mucho menos sospechaba yo que un disparo de verdad era algo tan estrepitoso que me sobresalté al oírlo. Conforme me voy alejando a paso tranquilo de la casa de mamá, el olor a pólvora, aunque guarde el arma en mi mochila, se hace más y más persistente. En las películas no es así.

Tengo la esperanza de que la última imagen que me queda de la cara de mamá —los ojos desorbitados, su grito (Hijo, ¡¿qué haces?!, suelta eso, por favor...)— se desvanezca pronto. Pienso en una película que me han platicado, que dicen que viene de una novela de un francés y que la protagonista se llama Thérèse Raquin. Es una mujer que junto con el aman-

te mata al esposo, pero se siente tan culpable que después no puede vivir en paz con el amante porque se les aparece casi el fantasma del muerto cada vez que van a hacer algo. Preferiría ver la ventana de la recámara de mamá, que da a las barcas de los pescadores y las chalupas para turistas; parecen, de lejos, pequeños cristos ejecutando una y otra vez su afamado milagro de caminata sobre lago. Mientras pienso en eso, curiosamente, empiezan a repicar las campanas de la parroquia de San Francisco de Asís, donde mamá iba diario a misa. Pero ahora, no es el ruido de la detonación (tuve el cuidado de subir el volumen del *Gloria* de Haendel que mamá solía oír en un acetato después de rezar el rosario) lo que me tiene tan inquieto, sino la cuestión de las visiones. Dicen que los muertos se llevan la última imagen que se les grabó dentro el ojo. No vaya a ser que pase lo mismo con los vivos —el lago o la cara, la cara o el lago—. No vaya a ser que la escena, repito, la última imagen que tuve de la cara de mamá —los ojos desorbitados, su grito (Hijo, ¿qué haces?!, suelta eso, por favor...)— se quede royendo como parásito las orillas de mis sueños. Entonces éstos se tornarían pesadillas (la imagen del lago es todo lo contrario de una pesadilla; ¡qué chistoso que no haya una sola palabra para describir lo contrario de una pesadilla, un sueño particularmente bonito, algo como la placidez de ese marisma plateado donde venden charales y sombreros de paja!).

No sé cómo borrar de mis pensamientos el rostro materno a punto de ser desfigurado —en ese momento, les aseguro que no se parecía nada al de la Virgen de los Remedios, a la que, decía la finada de mi tía Guadalupe, se parecía mamá—. Tampoco el alarido ése. Espero que mamá haya mirado, al último, el embalse con enredaderas en flor, no mi mano, no el gatillo. Ni ella ni yo necesitamos malas imágenes rondando como revinientes en lo que deben ser (siempre lo he dicho, comparando los sueños con la laguna de Chapala) las aguas plácidas de los durmientes. En eso voy pensando mientras camino calle abajo, hacia la parada del camión que me llevará de vuelta a la ciudad.

La ventana de la sala da a un sauce llorón

La ventana de la sala da a un sauce llorón que le recuerda glorias pasadas a la inquilina de la casita. En ese hogar recién estrenado que parece casita de duendes, ellos han tenido que mudarse para escaparse de una evicción venidera, tan segura como la rotación de la Tierra. El camión alquilado para trasladar recuerdos y objetos llegó en la mañana. “Somos como leprosos” piensa la señora, “personas non gratas ahuyentadas fuera de los muros de la ciudad, no por peste ni por enfermedad contagiosa, sino por una pobreza recién adquirida”.

Ella se consuela: el jardín, pequeño, rebosa sin embargo de jardineras coloridas. La jaula con aves canoras, que todavía está cubierta por una sábana (una suerte que los pájaros comen tan poco, y que ella no tuvo que deshacerse de ellos), colgará de las vigas del tejabán una vez que ella haya acomodado todo. El piano, por lo pronto, tendrá que dormir en el garaje como niño bien portado que no chista cuando le dan órdenes.

Los muebles estilo Luis XIV, heredados de sus padres, lucen gigantescos en el recibidor que fungirá como sala de la casa, pero ella simplemente no se resignó a venderlos, ni el piano ni el juego de sala. La tapicería de los dos sofás de terciopelo color granate, rematada por

flecos dorados que parecen acariciar sus patas labradas, contrastan con la desnudez, la pequeñez de las paredes limpias y sin desperfecto de la nueva vivienda.

El refrigerador de dos puertas verticales —de las que una es del congelador y la otra de la nevera— no cabe en la cocina, y los cargadores de la mudanza tuvieron que ponerlo, mientras, en el comedor. Luego encontrará su lugar; “todo en la vida encuentra su lugar”, se consuela la señora al acomodar las últimas cajas que quedan, mientras sus hijos miran desolados el desastre de muebles tamaño jumbo que dan, junto a las demás pertenencias, un aire de baratillo a las cuatro piezas que tendrá de hoy en adelante su morada. ¿Quién podría rebatir lo que ella se repite mentalmente en ese momento para subirse los ánimos?: el alma encuentra su lugar en el cuerpo, ni modo que se quede flotando sin amarras, así que las paredes de la casita se estirarán para que quepa todo, o los ojos de sus miradores se acostumbrarán a ese nuevo orden.

La otra orilla

Es temprano, tan temprano que uno no puede salir a la calle sin acordarse de la relojería que impone su ritmo a la vida humana: las horas, los días, la vejez inexorable que amenaza sigilosa a todos los mortales. Sagrario, al abrir la puerta que impide el paso de la luz matutina a su casa para salir a la calle, sólo ve la azulina vastedad del cielo. Su corazón duele un poco, como un piano desafinado. Tiene las lágrimas consteladas de todos los sistemas solares en la mano: su esposo amenaza con dejar el andamio que han tardado quince años en construir, ladrillo a ladrillo, recuerdo a recuerdo, cada dolor en un rincón distinto.

Es temprano, tan temprano que uno no puede salir a la calle sin acordarse de la relojería implacable que impone su ritmo a la vida humana. Le conmueve a Sagrario la transparencia del azul que embadurna el cielo decembrino. Hace frío, no con ferocidad, como en otras latitudes, sino con la clemencia del frío tropical. Sagrario no sabe qué hora es exactamente. Odia los relojes por su fidelidad que engatusa; ella sabe que la vida real es del todo azarosa. Recuerda el ocaso de la víspera, con su luz empañada, sin fuerza, color de topacio apagado. Sagrario piensa en el contraste entre la luz crepitante de aquella mañana extraña y la tristeza del último

atardecer. Ella interpretó su falta de brío como espejo de su alma, su miedo a una soledad de mujer abandonada que le parece ahora inaplazable, hasta apremiante.

Es temprano, tan temprano que uno no puede salir a la calle sin acordarse de la relojería implacable que impone su ritmo a la vida humana. El sol se alza sobre el filo acostado del horizonte. Eso quiere decir que es lo suficientemente tarde para que la calle ajedrezada esté celebrando el reiterado ajetreo de los humanos. Las tiendas han abierto: todos están por afanarse, salir a ganarse el pan diario. Sagrario se fija en todo, quizás por los sentimientos a flor de piel que le provoca el derumbe de su matrimonio.

Y ahora, aparte del temple luminoso de aquella mañana álgida, ella se fija en algo insólito: las calles están vacías. Nada puede explicar ese silencio, esa calma: no ha sucedido ni cataclismo ni temblor ni toque de queda, nada que aluda al cierre repentino de algo. Ve un cortejo de perros que trotan en fila india atrás de una perra en celo. Oye unos gorriones de trino desatinado. No hay casi nada de ruido hecho por el hombre: no hay coches, y los transeúntes faltan como si cada uno se hubiera transformado en estatua y estuviera, por ende, incapacitado para salir de su casa. A esa hora en que la luz primigenia se levanta, siempre hay gente en su calle: escolares en uniformes, amas de casa atareadas con sus canastas de huevos y sus rutinas enloquecedoras, borrachos perdidos de rumbo. Sagrario se pregunta por

qué su calle parece ahora calle de ciudad fantasma que todos hubieran desertado sin motivo.

Es temprano, tan temprano que uno no puede salir a la calle sin acordarse de la relojería implacable que impone su ritmo a la vida humana. Aparte de la ausencia de actividad, del silencio que Sagrario piensa advertir, magnificados tal vez por su propia soledad, hay algo de extrañeza en los árboles. No le parecen a Sagrario los árboles de ayer: tienen los mismos troncos, la misma corteza, la misma fronda recorrida por el viento y las mismas ramas como dedos deshidratados destacando sobre el trasfondo azulado de las alturas. Ella se repite a sí misma, quizás en señal de consuelo, que no está desquiciada al pensar que los árboles han cambiado desde la víspera. Sabe que es imposible que alguna mano omnipotente desarraigue las palmeras o los laureles en la penumbra de la noche para plantar en su lugar otro árbol adulto de la misma especie vegetal, así, sin propósito más que el cambio por sí mismo. Pero aun a sabiendas de que son los mismos árboles, ella los ve cambiados. De repente, cae en la cuenta de que no es su apariencia la que no coincide con su presencia habitual, sino el hecho de que parecen haber reemplazado a las personas. La calle está sola. Se desenrolla, lisa y vacía bajo la bóveda descomunal del cielo. El cielo mismo es extraño: cristalino como nunca ella lo había visto, parece advertir que no hay en la calle otra muestra de vida que los árboles. Piensa en la gracia de

aquella escena: unos árboles que caminan a sus labores en vez de los seres humanos.

Repentinamente, como surgido del otro lado del horizonte, aparece alguien. Camina a contracorriente: en vez de ir de la calle de Sagrario hacia la avenida donde pasa el camión, como todos lo hacen a esa hora, camina al revés. Se dirige hacia la casa de Sagrario. De hecho, Sagrario se da cuenta de que camina hacia ella. Cuando su silueta se acerca a contraluz, ella lo divisa claramente: es un anciano. Ha de tener cerca de los ochenta años. Sin embargo, camina enhiesto, dando pasos firmes y ponderados a la vez, como si caminara hacia un propósito preclaro o respondiera a algún ideal muy elevado, digamos la hermandad de los seres humanos o la vida eterna. No usa bastón y no mira hacia ninguna parte como lo hacen la mayoría de los viejos. Su indumentaria es singular. Está vestido con un conjunto deportivo que parece a destiempo para un hombre de edad avanzada: sudadera, *pants* y unos tenis que Sagrario hubiera atribuido más bien a un hombre joven y deportista.

El anciano sonríe: Sagrario no recuerda haber visto una sonrisa tan enigmática, tan magnánima, tan acertada, en toda su vida de hija de buena familia y de esposa cumplida a punto de ser abandonada. Desde los vericuetos de su mente (que en esos días trabaja demasiado, por el naufragio inminente de su hogar), le llega a Sagrario una idea que le parece de entrada absurda:

el viejito le sonríe a ella. Repara en que no hay nadie más en la calle, y no supone al hombre tan trastornado como para sonr erle a los árboles. Nadie es tan trastocado como para sonr erle a objetos inanimados. Uno puede sonr erle a muchas cosas: a la ironía del azar, a las pedradas del amor, al ridículo atav o de una mujer emperifollada, a un gato callejero, a un recuerdo cuya gracia ha permanecido inmóvil en el tiempo. Pero no le sonríe uno a los árboles que custodian sin decir nada las calles de la ciudad.

Sagrario no sabe si devolverle la sonrisa al desconocido o seguir su camino como si él no hubiera existido, tal como lo hacen la mayoría de los transeúntes cuando se cruzan con un desconocido en la mañana de un día hábil cualquiera. Cuando decide que s  lo va a saludar, alza la cabeza. Ni tiene tiempo de llevar a cabo su plan de amabilidad:  l ha caminado tan rápido que se encuentra ahora cara a cara con ella. Sagrario mira el pergamino de su rostro, su espalda erguida, alguna luz en su mirar que no es de este mundo. Se fija en su barba canosa y en la sonrisa aquella que parece incapaz de desdibujarse ni contra el duelo de la muerte. Su presencia es tan espectral, inusitada, portentosa, que Sagrario excluye por completo la posibilidad de que él le vaya a pedir una limosna. Tampoco lo cree capaz de soltar algo banal, como un comentario sobre el frío o la hora temprana o las rutas de cam on. Por eso se sorprende ella cuando presiente que él le va decir algo.

—Niña —le dice el viejo—. Yo soy el que entrena a los niños. Saca las manos de tus bolsillos y déjalas al lado de tu cuerpo. Y cuídate mucho.

Es lo único que el hombre le dice. Luego, se marcha tan rápido como ha llegado, de la misma manera que ella supone que deben deambular los fantasmas o los seres míticos, en caso de existir. Ella siente que de haber tenido tiempo, no habría respondido nada de todas maneras. No habría sabido qué contestar a tan insólito comentario. Más que un comentario, le parece una moraleja o una advertencia cabalística cuyo entendimiento requiere años de enseñanzas esotéricas.

Sagrario es, hasta los confines de su alma y de su mente, dedicada al arte: a todo le ve un lado invisible, un lado que pide ser decodificado, trascendido. Por eso no puede olvidar ni el frío que la ha impulsado a meter las manos a los bolsillos ni los árboles que parecen sobrevivientes de alguna catástrofe. No amaina la aflicción que siente de saber que su matrimonio pende de un hilo, un hilo más tenue que el rocío. No puede quitarse de la cabeza la soledad de la calle, el encuentro con el anciano.

A la mañana siguiente, Sagrario sale igual de temprano que en la víspera. Entonces sí, el amanecer es clamoroso y hay gente en las aceras. Ya no tiene la sensación de ayer, cuando parecía que el tiempo se había detenido. Ya no la golpea de frente la inmovilidad de todo, la falta de automóviles, el silencio del cielo trans-

parente con su alba demorada, la omnipresencia exacerbada de las palmeras y de los laureles que son los guardianes de las banquetas. Hay ristras de escolares, amas de casa pobremente maquilladas por las prisas de la mañana. El fragor urbano, el traqueteo en la tienda de la esquina, todo ha regresado a su sitio. Ya no es un paisaje de contingencia, sino uno de rutina, de esa rutina que vuelve locos a algunos mientras les brinda seguridad a los más frágiles.

En la noche, Sagrario había estado algo insomne. Las palabras del anciano martillaban el lugar de su mente donde se asienta su tristeza. Que para ver a su esposo alejarse como pájaro recién liberado de un imperceptible cautiverio. Toda la vida le habían dicho a Sagrario que la noche es consejera. Pero ella, a pesar de haberse pasado la noche casi en vela, no encontró explicación a la aparente soledad de la mañana anterior, ni a la irrupción inopinada del anciano.

Al salir a la calle, Sagrario piensa que los viejos y los jubilados han de tener rutas habituales, hábitos, mañas. Han de tener costumbres previsibles para engañar a la muerte y darle a pensar que tienen un itinerario que no se puede alterar sin una razón de fuerza mayor. Recuerda una tía suya que se maquilla para dormir por si le da un infarto mientras duerme y la muerte, o peor aun el médico de cabecera, la encuentra desarreglada. Sueña con encontrar al anciano otra vez, oírlo rellenar los puntos de suspenso que ha soltado. Empieza a pre-

guntar por él a sus vecinos. Pregunta en la tienda, a ver si alguien lo conoce. Él no es como ella, sus vecinos o el dueño empolvado de la miscelánea, gente sin señas particulares, con vidas a veces desabridas. No es como ellos, vestidos con corbatas y trajes si trabajan en oficinas o pantalones de mezclilla si estudian o flojean. Él es muy fácil de reconocer: un octogenario barbudo, extrañamente ataviado con zapatos tenis flamantes y un conjunto deportivo de algodón fino, color azul rey cebrado de rayas blancas. Pero nadie alrededor lo conoce.

Sagrario sale de su casa a la misma hora durante varias semanas. Ronda por la calle, esperando verlo a lo lejos caminando hacia ella de nuevo. Pero no aparece. Es como si hubiera salido de alguna caja secreta del tiempo para cumplir con una breve encomienda y ser tragado otra vez por los pasillos de la Eternidad. Cuando ya se ha dado por vencida en su búsqueda, Sagrario le comenta del encuentro con el viejo a una amiga suya. Siete semanas que se ha roto definitivamente la cuerda de su enlace con el músico nebuloso que fue su esposo de quince años. Ha esperado para contarle del encuentro a su amiga. Quiere asegurarse de que el suceso no sea un espejismo de su memoria puesta a prueba por la separación. Sabe que a veces la memoria inventa cosas, y ella teme que el anciano haya sido una alucinación desencadenada por su catástrofe conyugal.

Sin embargo, después de siete semanas, el recuerdo sigue intacto: el frío matutino, los árboles que lo lle-

naban todo, el mensaje de un anciano que trota muy erguido, enfundados sus pies en unos zapatos tenis, la vida detenida en el aliento límpido de una mañana dilatada. Desde entonces, Sagrario camina con las manos libres, como si fuera a descolgarse la luna para que ella misma la atrapara en vuelo. O como si sus palmas pudieran hacer un milagro al estilo del “levántate y anda”. La amiga de Sagrario, Conchita, no puede sino maravillarse. Conchita no cree en cosas banales como todos creen en el azar, en la suerte o en el trabajo duro que siempre reditúa beneficios. Ella cree en los mensajes del Espíritu. Dice que a veces los mensajes son inmateriales. Que se pueden dar en forma de voces o miradas, mientras que otras veces, son tan contundentes como un accidente mortal o una propuesta de matrimonio. Por eso Conchita, al oír el relato de Sagrario, exclama que era un ángel. Un ángel que bajó del cielo en ropa seglar para animar a Sagrario a soportar la tormenta que se avecinaba en su vida. Ella lo afirma, es casi un dogma.

Sagrario está de acuerdo: se trató de una ayuda de otro lado. Sin embargo, a pesar del grito de entusiasmo de Conchita —que hubiera convencido a un ateo de la existencia irrefutable de Dios—, no está convencida de que el viejo sea un ángel. Opina que los ángeles son demasiado etéreos para aparecerse en zapatos tenis y en sudadera. Además, de hacerlo, traerían consigo algún objeto que aludiera a su verdadera identidad: un

arpa, una lira, un cetro; de perdida, una insignia con una revelación grabada del puño y letra de Dios. Sagrario siempre le da la razón a medio mundo, pero aquella vez, es contumaz y no da su brazo a torcer: no le da la razón a Conchita. No completamente. Aquel anciano no puede ser un ángel disfrazado. Pero eso sí, y lo sigue pensando y afirmando: ella, Sagrario del Socorro Fernández, humildemente humana, ha tenido un encuentro carnal con la Otra Orilla.

Nací

Nací el 21 de diciembre de 1959, cuando el Sol transitaba el grado 28 del signo de Sagitario con 46 minutos de arco. El grado más occidental de la eclíptica estaba en 22 grados del signo de Escorpio. Era de noche todavía. Mi acta de nacimiento dice: 4:35 a.m. Estábamos mi madre y yo en Saint-Hyacinthe, a 47 grados de latitud Norte. Probablemente nevaba ese día casi de solsticio de invierno, pero sólo ella puede recordarlo, y desde que ella murió ni eso.

Esto que describo a continuación, ese lugar, es un hospital, pero nadie camina nerviosa y luego jubilosamente en la sala de espera. Mi madre, cuyo nombre no conocería hasta cincuenta y nueve años después, ya había firmado los papeles de cesión de *patria potestad* al Estado. No creo que me haya mirado ni tomado en brazos como se ve en las películas con finales felices. Si yo fuera a abandonar a un hijo en un orfanato, no lo miraría ni lo tomaría en brazos. Es mejor no mirar. Seguramente hubo, en aquella ocasión, otro tipo de lágrimas que las usuales. Llegaría luego la enfermera con cofia y zapatos que no hacen ruido, en ese lugar silencioso, y me llevaría, discreta y eficiente, a una cuna donde nadie se asomaría más que para darme de comer.

En los registros de adopción, parchados también, igual que documento de cesión donde no aparece el nombre de la parturienta para proteger el derecho de los nuevos padres —el equivalente a lo que los curas llaman el “sigilo sacramental”—, dice que yo nací viva, pero azul. En francés, a los bebés como yo, que padecieron sufrimiento fetal al nacer, los llaman “bebes azules”.

Hoy, lo único azul en mi vida es el cielo que conforma la bóveda celeste, y el mar donde tengo una casita de ensueño.

Cuando una magia menor

*La alquimia señala que todo lo que es observable
es simbólico, y todo lo que es simbólico es observable.*

René Alleau

Sé que suena a lugar común, pero la escena amerita hasta una frase desgastada: “¡Y eso que casi nunca iba a este lugar!”.

Al entrar en la librería esotérica, vi al hombre de espaldas. No había nada en la tienda más que las hileras de estantes que parecían despedir el mismo olor a incienso desde las entrañas de la madera, la parafernalia tipo “Nueva Era” encerrada en una pequeña vitrina de cristal, los tres empleados que atendían el negocio como una parvada de pájaros quietos, y un hombre de espaldas que parecía buscar un libro.

Los umbrales nunca mienten: siempre he sabido que son inadvertidos ritos de paso. Y ese umbral —o lo que por ahí pasó un poco antes que yo entrara a la tienda— me susurró al oído esas palabras: “Este señor no está viendo los libros; está esperando a alguien”. La idea de un hombre parado de espaldas, sin rostro, cuya sola presencia, solitaria y casi perfectamente inmóvil, clama que vino explícitamente a una cita necesaria para embalsamar alguna herida que sólo él conoce, desper-

tó en mí una repentina oleada de compasión. Sin saber bien a bien por qué habría de bendecir a un perfecto desconocido, le hice mentalmente un *mudra* de paz, deseándole fervientemente que pronto llegara esa mujer a reconciliarse con él. O al menos, a decirle lo que había quedado atrapado meses atrás, sus cuerdas vocales como un pez de piedra preso en una red. Como buena mente neptuniana que soy, tuve la certidumbre de que una sola palabra bastaría para abrir lo que había quedado cerrado entre ellos. Él la amaba; eso estaba escrito con tinta simpática entre la nube de incienso que envolvía la tienda como un capullo de humo benigno.

Caminé hasta la sección donde solían poner los libros de astrología, de cuyo emplazamiento me acordaba muy bien pese a la advertencia del principio de este texto según la cual yo casi nunca iba a esa librería. Me di cuenta enseguida de que los libros de astrología no estaban donde siempre. Por eso caminé distraídamente a lo largo de los libreros recargados contra la pared hasta divisar títulos de astrología. Estaba tan abstraída leyendo los títulos gravados en los lomos, como en un ejercicio de lectura rápida, que me había olvidado del desconocido que había visto de espaldas al entrar. De pronto, algo sólido pareció detener mi mirada, algo más sólido que las letras del título escrito en el lomo de un encuadernado. Alcé la mirada, y no leí “Los tránsitos de los planetas transsaturninos” o “La clave de los nodos lunares”, sino que volví a ver al hombre de espal-

das. Como ahora no sé si él realmente estuvo ahí o fue la materialización de un deseo mío o suyo, muy caro, diré simplemente que lo reconocí de golpe. Era él. Al momento de cruzar miradas, no hizo el gesto típico de quien se sorprende al encontrarse a un amigo por azar en la calle. Me miró dulce y pausadamente, como si el toparse conmigo después de tantos meses de ausencia fuera el resultado lógico de algo largamente ensayado por él, la representación triunfal de una obra de teatro sobrenatural donde uno fuera actor sin saberlo, para deleite de unos aparecidos sentados en el proscenio. Yo hablé primero.

—Te extrañé.

—Tú eres la que no vienes. Yo sigo donde siempre.

—Es cierto —asentí en voz baja.

—¿Cómo te ha ido?

La pregunta sonó casi banal ante la perfecta magia del acomodo espacial en el que, como un *mandala*, estábamos él y yo, ahora mismo, frente a frente. Le respondí llanamente: le hablé de los éxitos inesperados que me había deparado el destino en los últimos meses. Él me contestó con inconmensurable ternura.

—Lo que tú y yo hicimos en esos meses fueron ritos mágicos. Eso no se puede deshacer. La magia es para toda la vida.

Asentí con la cabeza y bajé la mirada para evitar la suya, como si el instante pidiera un pudor absoluto y todo lo que nos rodeaba estuviera en peligro de romper-

se. Me acerqué lo suficiente como para tocarlo. Él dejó que lo abrazara. Era un muñeco de trapo, incapaz de rechazar una caricia por no tener vida propia fuera de la que le da su dueño.

—Sabía que te iba a ver —aventuré—. Te soñé hace varios días. Hacía mucho que no te soñaba.

—¿Qué soñaste?

—Soñé que se me había caído un botón del suéter y que tú lo tenías en la mano.

Al oír la palabra “botón”, sonrió. Y esa sonrisa —que le había visto en raras ocasiones, cuando una de las compuertas de la percepción se le abría fugazmente sobre alguna transverberación— no le pedía nada a la sonrisa de la Mona Lisa. Él era experto en interpretar sueños. De un clavel rojo, hacía una imagen del alma; de un escarabajo toro, la personificación de un maestro interior. Proseguí.

—En el sueño preguntaste de quién era ese botón.

Así que le conté el desenlace del sueño. El botón era pequeño, como de nácar, muy delicado, esculpido en filigrana. Rememoré la escena de manera tan vívida que me pareció verlo ahí a mi lado, con el botón nacarado en la cuenca de la mano, yo en retraimiento como en aquel sueño de hacía unos días. Él estaba con sus allegadas, pero no me veía, aunque parecía captar lo que yo —testigo mudo del suceso como lo ha de ser un recién muerto en su propio funeral— pensaba en voz baja. Yo quería decirle que el botón era mío, y él asintió con la

cabeza, diciendo que por supuesto, ese botón me pertenecía, como si él lo acabara de reconocer entre miles. Y al decir eso, él había cerrado la mano con mucho cariño para colocar el puño contra su pecho, apretándolo a la manera de una ostra que protege la perla que se va gestando lentamente en su vientre calcáreo. Suspirando, había concluido añadiendo que él guardaría mi botón para que no se perdiera, como si supiera que algún día iría yo a recuperarlo.

No hacía falta contarle todo eso: él tenía el don de ver los sueños ajenos como pequeñas escenificaciones, empero nebulosas, algo en el tenor de lo que la gente común llamaría “una aparición”. Yo no sé qué aparece y no aparece. Pero él se despidió con buen semblante, y quiero creer que lo vi cruzar de nuevo ese umbral que me había susurrado cinco minutos antes que el hombre solitario que de espaldas miraba los libros tenía una suerte de pena de amor, no una pena convencional, sino algo a la altura de su largueza, lo que él llamaba sus “vuelos del espíritu”. Los tres empleados que parecían una bandada de pájaros quietos me miraron extrañados, como uno mira a quien habla solo en un lugar público, haciendo gestos enfáticos pero discretos con las manos vacías.

En el riel de la izquierda

—¿A quién le importan los nombres de las estaciones? Deberían tener nombres de flores o de huesos o de constelaciones, no de lugares... —me contestó un pasajero de sombrero de paja cuando le pregunté dónde se bajaría.

Por las ventanillas del tren, veíamos desfilan la milpa, dispuesta en un tapete verde mecido por el viento. La idea del viaje había surgido repentinamente (él irrumpió en mi oficina, mientras yo leía a Platón, específicamente esta cita que decía: *El tiempo es una imagen móvil de la eternidad*; me preguntaba en ese mismo momento qué pasaría si existiese un lugar que no acabase, de la misma manera que la eternidad es un tiempo que no empieza ni acaba). Un viaje totalmente improvisado, una idea perfecta (ambos trabajamos por nuestra cuenta y podíamos descolgarnos de la oficina cuando quisiéramos). La ocurrencia genial de un alumno para resolver una integral de segundo grado o comprobar un teorema. A mí —que ya me encontraba ahíta de rutinas y rostros conocidos— me había parecido nada menos que milagrosa la idea de un periplo ferrocarrilero relámpago. Algo nada planeado (sólo nos fuimos a casa a hacer nuestras maletas, sin saber bien a bien qué llevar): aunque en un tren, no es como si tuviésemos un

mapa de carreteras polvoriento por única brújula, y la ruta es siempre la misma.

Desde que nos subimos al vagón, tuve la impresión de que estábamos extraviados. Se lo comenté a él, y se rio antes de añadir que el último lugar donde uno se puede perder es a bordo de un tren. Más fácil, dijo, perderte en el andén o dentro de una diminuta estación de tercera que conecta con el resto de la comarca un pueblo olvidado de la mano de Dios. La idea del viaje era bajarnos en cualquier estación, en el impulso del momento. No habíamos tomado nunca el ferrocarril en esa dirección, y lo único que sabíamos del recorrido de las vías era que cruzaban el país de costa a costa.

Tenía los ojos llenos aún de la belleza del amanecer cuando empezaron a despuntar, arriba del horizonte que parecía delimitar las milpas, las tonalidades más apasionadas y más subidas del crepúsculo. No me preocupó el hecho de que el tren no hubiese hecho escala en una sola aldea desde nuestra salida. Se trataba de una región poco habitada. Como la consigna del viaje era obedecer ciegamente a nuestros dones de improvisación y jamás habíamos, ni él ni yo, consultado ni siquiera el horario de salidas y llegadas, decidimos seguir con la emoción de lo desconocido e irnos al camarote. Los dos dormimos como piedras caídas en el fondo de un estanque, inmunes al chirrido de las ruedas en las vías, al silbido ocasional de la locomotora, al rocío que silente cubrió los cristales de las ven-

tanillas, a los luceros del amanecer. No reparamos en la Luna, que si la hubiera visto a medianoche en vez de soñar a pierna (iba a decir “a piedra”) suelta con el desconocido destino de nuestro viaje, nos hubiera parecido sobrenatural por su tamaño, su redondez perfecta y la intensidad de la luz que despedía. Al despertar, él sonrió, miró la belleza del amanecer, que con suma delicadeza había untado tonos pasteles en el cielo matutino (que si hubieran pintado en un cuadro habrían ganado un concurso de acuarela) y dijo:

—Oye, ¿no te parece que estábamos, más que dormidos, desmayados o en coma? Yo no me moví de un iota en toda la noche.

—Yo tampoco, ¡qué descanso! —dije bostezando.

El sol ya estaba muy alto en el cielo. Desfiló de nuevo por las ventanillas la milpa, dispuesta en un tapete verde mecido por el viento. Afuera del vagón, no había señal de vida más que la vegetación que bordeaba los rieles como el ribete de un mantel de gala. No eran exactamente los mismos viajeros que en la víspera; supuse que venían de otros vagones. Algunos rostros nuevos habían llegado a romper la aparente unidad del grupo heteróclito de viajeros. Aquel día, tampoco nos cruzamos con alma viva en todo el camino, salvo por una liebre que atravesó la campiña como un relámpago. Y lo de alma es un decir porque dudo que las liebres tengan alma. En las almas o no-almas del reino animal venía pensando yo cuando cayó otra vez la noche.

Al dormirme, me pregunté cuánto tiempo había pasado desde que subimos las maletas al compartimiento del vagón. Empezaba a preocuparme el hecho de que el tren nunca hacía escalas. Se alzó de nuevo la Luna en el cielo. Esta vez, sí la miré. El firmamento, en este momento, no me llamó la atención por sus tonos pardos y cuantas estrellas habían sucedido a la lección de acuarela divina, sino que me pareció un techo descomunal, amenazador.

En la mañana, rompí la ley de silencio que nos habíamos impuesto él y yo en relación con los demás pasajeros (era un juego, fingíamos ser prófugos de la ley), y le pregunté a una señora a dónde iba. Me contestó que no sabía. No quise insistir. Le sonreí y volví a mi banca. Al rato, también le devolví la sonrisa a un señor que me saludó con una señal de cabeza, y cuando regresó del baño, aproveché para preguntarle cuál era su destino. Susurró que no importaba. Así pasé el día, indagando febrilmente con los demás pasajeros dónde era su estación, y me contestaban que cuál estación, que por qué me apuraba eso, que no se sabían el nombre de ninguna parada. ¿A dónde iban? ¿En qué lugar se habían subido? ¿Cuánto tiempo llevaban ahí? Nadie supo contestar. “¿Tiempo? ¿Qué es eso de tiempo?”, espetó una anciana desdentada. “¿Lugar? Donde sea, me da igual”, entonó una joven de minifalda. “¿Cuando llegaremos? ¡Algún día, supongo! ¡El mes es lo de menos...!”, fanfarroneó una pareja joven. El tiempo parecía

barajar los rostros, pues yo notaba la presencia de caras nuevas: un ciego de bastón, una niña pequeña de raza oriental acompañada de quien parecía ser su madre, un señor que fácil pesaba cien kilos, una muchacha con el pelo pintado de verde fosforescente. Era imposible que no hubiera reparado en ellos antes. Intenté pasarme a otro vagón, a ver si mi pesquisa daba mejores resultados ahí, pero las puertas comunicantes entre las partes del tren estaban soldadas.

¿Tenemos ahí días, meses, años? Diario sirven las mismas comidas (nos tocó estar en el vagón más largo, el del comedor). Los que atienden el servicio también parecen inmunes a mis preguntas sobre rutas, horarios, itinerarios. Mi último recuerdo es dejarlo a él roncar, tendido boca arriba en la camilla de nuestro camarote, mientras que yo paseo en el pasillo desierto, presa del insomnio. Ya deseché, tras varias noches en vela, mi sospecha inicial de que el tren se detiene de noche, sigilosamente, con el silbato de la locomotora en sordina. Eso explicaría los pasajeros faltantes de las vísperas y los recién llegados. No entiendo cómo él puede roncar así de despreocupado, con el mapa polvoriento del país religiosamente doblado sobre el abdomen, con los zapatos puestos y la manta apenas cubriéndole las piernas. Miré detenidamente la Luna, como si ella fuera la que, entre las yemas de dedos que ella ni tenía, estirara así los dos rieles en un delgado hilo. En mi angustia, visualicé ese hilo acabando del

otro lado del horizonte, allá donde los marineros antiguos creían que se acababa el mar y los barcos caían en picada al abismo. La Luna estaba hecha un hilito curvo, el trozo de contorno de un círculo, una sonrisa perversa, muy luminosa en ese cielo nocturno alejado de las luces de la ciudad. En mi pánico, creí oír —aunque las ventanillas estaban cerradas— los graznidos de una bandada de zopilotes sobrevolando el tren. Sólo mi oficio de lingüista (deformación profesional, dirían mis colegas) me sacó de mis oscuras cavilaciones para hacerme preguntarme a mí misma si los zopilotes graznan, gritan, chillan o simplemente son mudos.

En la linde entre el ver y no ver

Hoy en la tarde, durante mi siesta de las cuatro, soñé que era invisible. No podría describir la situación como una pesadilla, sino como algo parecido a lo que uno siente al ver una película de terror mal hecha, donde la sangre no parece real y los actores no convencen. Cuando desperté, todo me pareció normal. Sin embargo, al mirarme al espejo del baño mientras me cepillaba los dientes, no aparecía mi imagen, sino el baño con todo y azulejos y puerta de cristal templado en la regadera, tal como aparece ese mismo baño cuando no hay nadie en casa. Presa del pánico y después de unos segundos de parálisis, corrí hecha una endemoniada hacia el espejo de metal repujado de la sala para ver si pasaba lo mismo, o si era el espejo del baño el que se negaba a hacer su trabajo. Nada de nada: la otra luna de azogue también reflejaba una sala desierta. Como mecanismo de defensa, tal vez para acallar la angustia, mi mente se fue deslizando paulatinamente hacia la remota patria de la infancia y la comarca de los recuerdos.

Un pensamiento, muy probablemente oriundo de la descomunal zozobra que empezaba a invadir mi estado de ánimo, casi me hizo enarbolar una sonrisa (lo habría hecho seguramente si yo no hubiera estado al borde de la catástrofe). ¿No había sido yo, aun antes

de aquella tarde de espanto, en cierta forma, un ser invisible? Desde siempre, había sido aquella cuyo cumpleaños nadie recuerda; la nena buena con quien nadie pelea; la que no merecía ni odio ni atenciones. Mi paso por la vida había transcurrido en un aleteo fugaz. Yo misma era un barco sin ancla, un globo aerostático sin lastre ni balasto. En ese preciso momento, entendí por qué amaba tanto a mi esposo y a nuestros hijos: ¿no eran acaso los únicos que me veían, me escuchaban, me recordaban? ¿No serían acaso los únicos en recordarme más allá de la sepultura que vuelve a los difuntos amnésicos, de morir yo primero? Y ahora ellos no estaban para comprobar mi visibilidad (se habían ido a pasar el fin de semana en casa de los abuelos mientras yo había tenido que quedarme en casa por un asunto de trabajo). ¡He aquí, de pie en la sala, a punto de desgañitarse con gritos de terror, a punto de derrumbarse, la persona menos sediciosa de todas!, pensé. ¡He aquí el modelo loable de buena conducta, la persona que de niña no hacía ruido ni se quejaba, la que aceptaba las contingencias de la vida con una resignación que enardecía a quienes la acusaban luego de pasividad, esfumada quién sabía dónde! Adiós, corporeidad, adiós a la que había caminado siempre, desde la chica de trenzas que otrora fue, sin ser reparada por nadie. ¿Cómo era que una simple pesadilla podía arrojarme a la linde de lo visible? Sí, grité al espejo de la sala, mírame ahora, siempre fui una estatua que empolva el aire. Bien sé que ni

locuaz ni voluble, simplemente he transcurrido, incapaz de tender puentes entre mis acantilados y el mundo. Ésa es la palabra, “transcurrir”, como transcurre el lunes entre domingo y martes.

La única excepción a la regla, diría el abogado del diablo —me imagino un tribunal donde Dios es el juez, y veo su toga blanca y vaporosa en vez de la negra, habitual en las cortes—, fueron mis amores de juventud, esas primicias de la vida. De joven, yo había gozado de una gran belleza: eso había compensado los estragos de mi timidez y mi apocamiento natos, necesarios en ese hogar de origen donde más valía callar. Después, supe que lo que atrae la belleza en una mujer no es más que un espejismo, producto de la soberbia. Con todo, era indudable que lo único que había logrado sacarme de mi perenne sentimiento de ser insustancial e inadvertida había sido el deseo de los hombres. O más bien, sus miradas, que al principio de mi vida adulta yo había confundido con promesas de amor. Pero eso es harina de otro costal. Y sin embargo, el deseo de los hombres, sus miradas, me habían vuelto visible, notoria, trascendente. Me habían dado voz en un mundo donde siempre había callado, haciéndome de un lado para no estorbar a nadie y dejar que las peleas a veces mudas de mis padres siguieran su curso natural.

Cuando finalmente rompí a llorar, empecé a oír, por la ventana que da a la calle, un campanilleo cercano. Reconocí las esquilas del vendedor ambulante de

helados, que seguramente estaría acabando su ronda vespertina. Me detuve a escuchar el cascabeleo de sus campanitas, y me alegró momentáneamente su voz de pregón que desgarraba el silencio. Percibí al mismo tiempo el rumor de una leve brisa que barría las hojas caídas en el patio donde reinaba un papayo entre jardineras vistosas. Percibí un vocerío difuso: eran las voces de los transeúntes que pedían helados y se filtraban por la vidriera del vestíbulo. De menos, yo no había perdido el oído. Con haber perdido la vista de los objetos que me rodeaban bastaba para volverse loco.

Me latió deprisa el corazón. Abrí la puerta, gritando hacia la calle que yo quería un helado de chocolate doble. Ni el vendedor que no podía no reconocermene ni el par de clientes que tendían la mano para recibir sus conos miraron en dirección a la puerta. El señor del carrito volteó por todos lados, buscando de donde venía la voz, pero en ningún momento me contestó o se acercó a la casa como siempre lo hacía. Se encogió de hombros, intrigado probablemente por la voz sin cuerpo que pedía un helado de chocolate, y se siguió de frente. En ese momento entendí por qué ni el vendedor de helado, ni los clientes, ni los espejos podían verme. El espejo, y no el que se mira ahí, es el que observa lo que tiene en frente. Salvo por la mirada de mis pretendientes de juventud, yo siempre había sido apátrida en el país de la mirada. Al ser de aquí en adelante invisible, no estaría, tal vez, tan descaminada.

Ojos de otro mundo

La señora Castillo de Acosta siempre sospechó que el problema de su hijo ocultaba un mensaje cuyo significado profundo ella tardaría una vida entera en descifrar. Así como en la mente de Guillermino tenía que haber sido el paraíso terrestre antes de que a Eva se le ocurriera comerse la fatídica manzana, todo era prístino, inmaculado, y no existían ni la malicia ni la premeditación. En esa mente, igual que en el edén, el transcurrir del día era tan sencillo como deshojar una margarita para resolver, de una vez por todas, el desenlace de un amasiato. Así imaginaba la señora Castillo de Acosta que estaba acomodado todo en la mente del muchacho.

Cuando el médico le confirmó a la señora Castillo de Acosta su embarazo, los sueños acudieron con tal fuerza que la primera vez que sintió moverse la criatura, pensó que Dios era, más que un Padre adusto sentado en un solio, un verdadero mago. La magia se había visto incrementada por los numerosos abortos que ella había sufrido anteriormente. Era su cuarto embarazo; los demás habían acabado en partos de criaturas cuatromesinas, en lágrimas derramadas.

Esta vez, la señora Castillo de Acosta hizo suyos todos los mitos y ensalmos que rodeaban a las embarazadas. Los médicos la encamaron. Siguió una dieta

perfecta. Hasta consintió en comer verdolagas, que siempre había desdenado por recordarle el musgo de los estanques abandonados. Eran ricas en una vitamina que ella necesitaba, le decía Epigmenia, la sirvienta, sin saber realmente lo que era una vitamina. Así, durante meses, la señora Castillo de Acosta evitó toser, levantarse súbitamente y hasta hablar de cosas que pudieran convocar la mala suerte. Se pasó todo el otoño y gran parte del invierno bajo los cuidados estrictos de Epigmenia, que más que sirvienta había sido su confidente y su brazo derecho.

Todo parecía augurar un nacimiento feliz. Sin embargo, una mañana, dos meses antes de la fecha de nacimiento prevista, al entrar al cuarto de su patrona para cambiar las sábanas, Epigmenia la encontró todavía en cama, pálida y visiblemente indispuesta. Le notó, diría más tarde, “cara de dar a luz”, aunque nunca hubiera podido explicarle a la enfermera que las recibió en el hospital lo que significaba “tener cara de dar a luz”. La ambulancia, el esposo que miraba asustado hacia la camilla. Enseguida, llevaron a la señora Castillo de Acosta a la sala de parto, donde los ruegos de Epigmenia se quedaron recorriendo, mudos, los pasillos de paredes blancas. Ella, mujer de campo, no se había equivocado: Guillermino nació en punto de la medianoche, horario que se le hacía mala hora para nacer. Además de prematuro, el niño llegó con el cordón umbilical enredado en el cuello, una larga víbora blanca que hiciera de mascada.

Poco a poco, se hizo patente que Guillermino sería distinto a los demás niños. Aprendió a caminar y a hablar a medias. Su voz era distante y su vocabulario, repetitivo, como si todo lo que él dijera fuera para recalcar verdades que se les escapaban a los demás. Gritaba sin razón, y a él mismo se le hacía extraño que otros necesitaran una razón de peso para aullar. Aplaudía con palmadas estrepitosas, eventos invisibles para su entorno. No era, tal vez, que fuesen invisibles, sino que la gente ya no encontraba maravillosos los acontecimientos diarios que él celebraba con aplausos sonoros: una rebanada de pastel de chocolate, el silbido de un afilador de cuchillos, el canto de los pregones en la calle o los trinos de un pájaro en un alambre.

Con el tiempo, el retraso y las extravagancias de Guillermino se instalaron en casa como hechos cotidianos. Su rostro era agraciado. Sus modales recordaban una bondad de origen, una mansedumbre escindida cuya primera mitad habría migrado en él, intocada por el mal, mientras que la segunda habría llegado hasta la gente “de razón” y sería la causa de sus burlas.

Los vecinos ya se habían acostumbrado a la gritería de Guillermino. Así fue que un mediodía cualquiera, la vecina de enfrente salió a comprar mantequilla en la miscelánea de la esquina. Su casa parecía entonces rescatada de un terremoto que hubiera arrasado una aldea completa con todo y campanarios: unos albañiles estaban rehaciendo la fachada. Había bolsas de ce-

mento, palas y botes de pintura desperdigados a media banqueta; la pared estaba encalada a medias; pilas de ladrillo roto adornaban la cochera. Después de varios días de labores por parte de los albañiles, la polvareda que envolvía la casa no parecía querer asentarse.

Mientras la vecina esquivaba los montículos de desechos para dirigirse a la esquina, Guillermino estaba mirando la obra desde la banqueta de su casa. Al verla salir, atravesó la calle para ir a sujetar su brazo con la fuerza de un ave de rapiña que se lleva en el aire un conejo prendido de sus zarpas. No le incomodó que el niño la sujetara así: lo sabía inofensivo. Lo que no sabía la vecina era que Guillermino mostraba, desde tiempo atrás, una inexplicable fascinación por todo tipo de reparaciones, huecos, escombros y construcción. Tenía varios días observando por el resquicio del portón metálico de su casa el vaivén de los albañiles. No les quitaba la mirada mientras raspaban y deshacían, aplanaban y derrumbaban la fachada de la casa de enfrente, una casa que ya no parecía casa con su pared escarapelada que ahora era como él, diferente a las demás paredes.

Epigmenia estaba barriendo afuera. No podía incorporarse al día si no barría, al punto de que la señora Castillo de Acosta bromeaba diciendo que la iba a enterrar con una escoba. Enfrascada en el ritual de la barrida, no se dio cuenta de que en un parpadeo, el niño había tomado por sorpresa a la vecina, aferrándose a su mano suelta.

—Mira la casa, Señora. Mira, está rota —dijo Guillermino.

—Sí, Guillermino, la están arreglando. Me la van a dejar muy bonita —le contestó la vecina.

—Mira, rota. Ven. Mi casa también rota.

Epigmenia intentó correr para impedir lo que ella veía como un cautiverio momentáneo para la vecina, que seguramente tenía prisa. En vano: sus sesenta años pesaban más que su añeja voluntad de redimirlo todo. Se contoneó velozmente detrás de Guillermino con sus zapatillas sin tacones, su delantal pringoso y sus trenzas alzadas en el viento como hélices, pero el niño iba volando ya, apretando la mano de la vecina sin soltarla, como un tesoro finalmente descubierto después de diez años de excavaciones. No oía nada, con su botín aprisionado en el puño cerrado, y menos oía la voz de su nana que le ordenaba con dulzura que soltara la mano “de la pobre señora”.

Era demasiado tarde: después de haber atravesado la calle como tornado, arrastrando atrás de sí a la vecina, Guillermino se llevó a su invitada a una escalera de caracol empinada que conducía a un pequeño sotechado que los Acosta Castillo utilizaban como cuarto de mil usos. Albergaba un burro de planchar, juguetes de niño mayor esparcidos en el piso y cachivaches de toda índole. Las paredes estaban un poco agrietadas. Al ver la capa de pintura que a ratos se despegaba de los cuatro muros asediados por el salitre, la vecina supo de dónde

venía el asombro de Guillermino ante las renovaciones de su propia casa, y su alusión a algo roto.

—Mira, aquí roto. Pintura. Papá va arreglar —repetía el niño al señalar las grietas que corrían por la pared como lagartijas.

—Deja a la señora, Guillermino, que ya se tiene que ir —cacareaba Epigmenia, encaramada en el primer peldaño de la escalera de caracol y sin atreverse a subirla por lo empinada que estaba.

—Sí, ya lo van a arreglar, igual que mi casa —coreaba la vecina, haciendo caso omiso de las súplicas de Epigmenia.

Guillermino miró a la vecina a los ojos como nadie mira a los ojos, como si todos, salvo ese niño encerrado en su paraíso impenetrable, disimularan una personalidad desdoblada abajo de sus máscaras cotidianas. Esa desnudez, esa falta de máscaras, era justamente lo que incomodaba a los desconocidos, que necesitaban velos y disimulos para enfrentar el gran espejo que es el otro. En eso pensaba la vecina cuando, sin dejar de mirarla fijamente a los ojos, Guillermino alzó la mano de la vecina a la altura de sus labios para contemplarla con detenimiento. Luego le dio un beso amilanado en el dorso de la mano y se disculpó enseguida.

—Quiero dar beso. Pero no puedo. No dar besos porque no te conozco. No dar besos a gente que Guillermino no conoce.

—Sí me conoces —replicó la vecina.

—No, sólo besos aquí en la casa.

La mirada engastada de inocencia y el beso negado que pendía de los labios del niño brillaron como luces de bengala en la mente de la vecina. Un beso que quemaba a un niño como queman las cosas prohibidas. A partir de ese día, la vecina empezó a ver con ternura cualquier escombros o desaliño que apareciera en su vida diaria. Y aunque Dios mismo se hubiera aparecido al día siguiente de ese encuentro para decirle que todo aquello de una supuesta bondad primigenia había sido una impostura magistral, habría hecho caso omiso. Aunque Dios mismo le gritara que se olvidaran de Él, de un paraíso primigenio previo a una caída donde estuviese involucrada una serpiente, ella habría conservado la esperanza de que existe un Más Allá que es como un museo de la bondad. Un lugar donde se compensan los dolores de la estancia terrenal, un paraje donde muchos la mirarían con esos ojos de otro mundo que puso Guillermino al besar su mano.

Fábula de la hija única

En el pueblo, todos tenían una multitud de niños. Correteaban por doquier, sin saber realmente a dónde iban, como ratones que salen disparados cuando aparece un gato inoportuno. Los mocosos, como los llamaban los adultos, eran tan numerosos que los nombres de pila, rostros y apellidos se confundían y, de vez en cuando, en un momento de distracción, una señora se llevaba a casa un niño que no era suyo, antes de devolvérselo enseguida a su madre legítima. Cualquier mujer que tuviera menos del número consuetudinario de hijos se consideraba sospechosa, y no era por desprecio, sino por asombro. Sin embargo, la señora B. sólo tenía una hija. En la iglesia, el domingo, una familia promedio llenaba un banco completo. Desde atrás, se veían filas y filas de cabezas de diferentes alturas. Pero en el banco del señor y la señora B., apenas había tres cabezas. Nadie se atrevía a sentarse con ellos, no por rechazo sino por respeto, como si los asientos vacíos a su lado estuvieran reservados para futuros niños. Habría sido sacrilegio tomar el lugar de personas que aún no habían nacido. Más de un aldeano se decía a sí mismo que esos asientos vacíos pertenecían a descendientes que debían haber estado allí pero que no estaban porque no les tocaba ser los hi-

jos del señor y la señora B., gente tan buena, seres tan hospitalarios, siempre movidos por humildes deseos. No ocupa uno un lugar que trae mala suerte.

El banco donde los señores B siempre se sentaban a oír misa permaneció pulido y encerado como nuevo durante todos los años que ellos vivieron en el pueblo, es decir, hasta su muerte. Sólo el extremo derecho del banco mostraba signos de desgaste: la madera adoptaba sutilmente la forma de las posaderas, de los muslos, y el reclinatorio la forma atenuada de las rodillas. Todos esperaron durante años que el extremo izquierdo del banco mostrara signos de desgaste también. Pero pasó el tiempo, y cuando la hija del señor y la señora B. se convirtió en señorita, lo suficientemente mayor como para casarse, el banco de iglesia ocupado por la familia B seguía casi vacío. A esas alturas, la señora B. tenía edad suficiente como para tener no hijos, sino nietos.

Huelga decir que nadie se atrevía a preguntar por qué el señor y la señora B. tenían sólo una hija. Todos los vecinos se preguntaban, sin atreverse a decirle una palabra al vecino, si era un regalo del cielo o una prueba divina que el único “descendiente” de los señores B fuera una niña. No decían “heredero” sino “descendiente” porque todos en el pueblo eran más o menos pobres, y en los pueblos de pobres no hay nada que heredar. Incluso si los aldeanos pensaban al unísono que tener una niña es menos prestigioso que tener un hijo, argumentaban que una espada siempre tiene dos filos,

y que una niña era un premio de consolación nada despreciable: en su vejez, el señor y la señora B. iban a ser mimados y cuidados. Y si les tocara vivir una prueba penosa, siempre tendrían un paño de lágrimas.

La chica en cuestión se llamaba Cécile, que en México habría sido Cecilia. Hay que decir que el nombre iba muy bien con su rostro, no como otros que se llaman Diosdado o Débora y tienen rostros de Simón o de Salomé. Así que un día, el más atrevido de la aldea acudió a casa de los señores B. para aclarar el misterio de la única niña. Llamó a la puerta del señor B., que apareció de inmediato en el quicio con el pelo revuelto. Invitó a su vecino a pasar. Los dos hombres se instalaron en la mesa de la cocina enfrente de dos copitas de brandy. El aldeano sin vergüenza ya había considerado tres posibilidades para explicar el enigma de una pareja buena que sólo tiene una hija. Primero: el señor y la señora B., por devotos, habían hecho un juramento de castidad, y después de haber concebido a Cécile, no se habían vuelto a tocar (pero el vecino pensó que esa hipótesis no tenía ningún sentido: “éste” era el único placer que les quedaba a las personas pobres como ellos, y ¿quién en sus cabales renunciaría a ello?). Segundo: la señora B., o en su defecto su esposo, padecía una enfermedad en “esas partes” que impedía el embarazo (pero eso tampoco era factible: si la enfermedad seguía siendo un castigo divino, ¿cómo podía estar enferma gente tan buena, valiosa, tan piadosa y

caritativa?). Tercero: la señora B. ya no le gustaba a su esposo, y él había perdido interés en ella al punto de la castidad (pero eso tampoco tenía sentido: la señora B. era tan hermosa que parecía la María que aparece en el vía crucis, y —secretamente, por supuesto— todos los varones de la aldea la deseaban). Después de haber revisado mentalmente las tres posibilidades sin creer en ninguna, el aldeano indiscreto terminó su copa de brandy mientras su anfitrión hablaba de la cosecha, de los matrimonios recientes celebrados en el pueblo, del nuevo sacristán. De repente se puso de pie como si hubiera sido mordido por una víbora ponzoñosa, adoptando una pose solemne.

—Escucha —le dijo el vecino al señor B.—. En realidad vine a hacerte una pregunta. Todos tienen curiosidad, pero nadie se atreve a mencionarlo en público. Pero yo, pues, eso de tener una sola hija me intriga. Sé que fuiste el niño que a todo Dios, si hubiera muchos Dioses, le habría gustado tener. No tienes nada reprochable. Y, sin embargo, me gustaría saber por qué tienes una sola muchacha. El señor y la señora C. tienen seis críos, el señor y la señora J. unos diez, la viuda de Z. más de siete, y yo mismo tengo ocho.

El señor B. miró a su interlocutor con cierto asombro. Nadie le había hecho una pregunta tan directa, excepto el sacerdote para preguntarle si había pecado o no. Sin embargo, el sacerdote tenía poderes que le permitían hacer preguntas en las que uno responde “sí”

o “no”. Porque durante la confesión, uno está contra la pared y debe decir las cosas sin tanto rodeo. El señor B. se aclaró la garganta, miró a su alrededor para asegurarse de que su esposa no estaba y comenzó con su pequeña perorata.

—Bueno, te diré lo que es —suspiró como alguien que siente dolor. La cigüeña vino a visitarnos once veces. Y cada vez, mi esposa, que es conocida por su piedad y su recato, rezaba fervientemente. Una vez la escuché rezar arrodillada junto a la cama mientras ella no me veía. Sufrió todas las indisposiciones de las que están en estado, y en sus oraciones, ella siempre repetía lo mismo: “Señor, te agradezco que nos des este hijo, mil veces gracias. Pero si este niño va a ser un bribón o un vago o un pervertido o un bueno para nada, prefiero no tenerlo”. Eso fue lo que decía ella cuando oraba, palabra por palabra.

—¿Y después? —preguntó el vecino, tratando de ocultar de su rostro una combinación de malicia y lástima.

—Bueno, ¡ella tuvo diez abortos involuntarios! Uno tras otro. Ninguno se lograba. Perdía a la criatura incluso siguiendo las instrucciones del médico al pie de la letra: quedarse en cama al mínimo sangrado, no comer esto ni aquello, viendo a la comadrona regularmente. Sólo Cécile llegó a término. Debemos alabar al Señor por darnos a nuestra muchacha. ¡Qué buena hija salió!

Y fue así, gracias a los chismes de un vecino que estaba metiendo la nariz donde no le incumbía, que toda

la aldea supo la verdad: el señor y la señora B., personas tan respetables, se habían librado de sufrir grandes pruebas gracias a la misericordia de Dios. Las oraciones de la señora B habían sido respondidas a cabalidad: no había dado a luz a diez varones holgazanes que habrían alterado el orden de esta aldea de personas honorables, trabajadoras y moralmente impecables. Por lo tanto, el destino no fue sólo lo que surgió según lo dictan los designios de la Divina Providencia al materializarse. El destino también fue todo lo que podría haber sucedido pero nunca sucedió, para deleite de los habitantes de una aldea perdida entre campos de remolacha y bosques de arce.

Como una nube estacionaria arriba de un estanque

Había sido así desde siempre. Un don que él tenía. Como quien tiene bonita voz sin haber estudiado canto, o quien puede calcular el número de naranjas en un costal con sólo verlo, y sin equivocarse. No conocía a nadie que tuviera ese mismo don. Conocía a gente muy acertada para tirar el tarot. Otros que soñaban muertes antes de que sucedieran. Y hasta un señor que podía plantar una semilla y hacerla crecer delante de todos en media hora, con sólo mirar la maceta donde la acababa de colocar, como si tuviese en la mirada hilos de marioneta invisibles que jalaran el tallito tierno en un eje vertical. Pero alguien que pudiese hacer lo que él, no, no sabía de nadie, ni siquiera el (indudablemente) mago que hacía despuntar plantas en cámara rápida, bajo los ¡ohs! y los ¡ahs! de un público de curiosos que le daban siempre alguna moneda por la hazaña.

Cuando la miraba a ella, sentía su corazón como una clepsidra llena de un líquido carmesí, una clepsidra a punto de reventar. Pero jamás se habría atrevido a invitarla a salir. A él, la timidez le carcomía los labios oscuros, y ella era una estatua de porcelana, distante, alabastrina, perfecta en la impecabilidad con que se expresaba. Tal vez pudo haberla impresionado haciendo

alarde (y más que alarde, demostración) de su extraño don. Pero jamás lo utilizaba para que el título de brujo o vidente le redituara algún beneficio o arrojara sobre él un aura de misterio. El único que sabía de su capacidad de ver los sueños de los demás (esa pantalla que se abría encima de la coronilla de la gente, donde transcurrían los disparates o escenas creíbles que había soñado la persona la noche anterior) era su gato pardo. Cuando para curiosear le preguntaba a alguien: “¿qué soñaste anoche?”, la persona siempre le describía exactamente lo que él estaba viendo en aquel lienzo brumoso en forma de pañuelo extendido que flotaba encima de la cabeza ajena: el asaltante que había asustado al soñante mientras dormía, el boleto de avión perdido al último minuto, o el accidente mortal del que uno salía ileso al despertar. Nunca había sucedido que lo que viera encima de alguna cabeza fuera desmentido o negado por la persona implicada.

Aquel día, él llegó a la clase de poesía a la misma hora de siempre. Se sentó en el mismo lugar de siempre, cerca de ella, mirándola de reojo. Ella también lo miraba de reojo. Sin embargo, como él evitaba cruzar su mirada por miedo a que ella se diera cuenta de su corazón de clepsidra enloquecido (el maestro de poesía decía que los ojos eran la ventana del alma, pero les enseñaba a sus alumnos a no escribir versos así, porque eran lugares comunes), nunca se había dado cuenta de que ella también le lanzaba miradas furtivas.

La clase empezó. Mientras él oía las palabras “cesura” y “neobarroquismo” dichas por la voz del maestro, se empezó a formar paulatinamente, encima de la cabeza de la muchacha, aquel famoso recuadro de bruma flotante que él secretamente llamaba “la pantalla mágica”. Ninguno de sus compañeros poetas sabía que casi todos sus poemas, tan celebrados por su ingenio surrealista, eran en realidad transcripciones poéticas de lo que él veía, de menos una vez por semana, encima de la cabeza de alguien: un extraño en el mercado, un enfermo en la sala de espera de una clínica, una señora sentada a su lado en el camión, eran perfectos conejillos de India para sus versos.

Pero aquella vez, la lámina nebulosa no flotaba encima de la cabeza de un extraño en el mercado, de un enfermo en la sala de espera de una clínica o de una señora sentada al lado de él en el camión, ¡sino justo arriba de ella! Al principio, él pensó que el sueño era del compañero sentado a la izquierda de aquella muñeca de porcelana. No podía ser que la vida le concediera ese toque de clarividencia en cuenta regresiva, justo con ella de protagonista. Su mente se turbó. No se atrevió a mirar atentamente el sueño que se iba formando hasta que estuvo seguro de que ella, embelesada con el neobarroquismo y la cesura de los versos, iba a seguir mirando fijamente al maestro un buen rato sin riesgo de fijarse en él.

De pronto, el rectángulo milagroso se abrió como una azucena de floración nocturna: ella estaba desnu-

da, con una pila de ropa a sus pies, un charquito de colores revueltos en la loseta blanca. Unos compañeros de salón voltearon en su dirección. Él trató de ocultar su perturbación fingiendo que el neobarroquismo lo tenía casi en un trance místico. Pero el cuerpo desnudo del cuadrilátero de neblina flotante se parecía tanto al cuerpo vestido sentado cerca de él, volteado hacia el maestro, que no cabía duda de que ella se veía así frente al espejo, después de desvestirse.

La veladura en forma de cuadro no se movía. Parecía una mariposa libando de la coronilla de Eva Manzano (así se llamaba ella, un nombre de lo más cabalístico). La imagen del cuerpo desnudo ya era muy nítida. No había equivocación posible en cuanto al “dueño” del sueño: el compañero de salón que pudo haber sido el soñante estaba sentado a más de dos metros de ella, y la aparición del recuadro siempre era rigurosa en su posición geográfica: exactamente al norte de la cabeza, si uno tomara el cuerpo como un mapa.

Él tuvo suerte: aquel día, el profesor habló del poeta que más le gustaba a Eva Manzano. Ella, la mujer de carne y hueso que estaba suspirando por unos versos surrealistas en un salón de clase, no volteaba hacia ningún lado más que hacia el pizarrón embarrado de gis, por seguir religiosamente las explicaciones del maestro, mientras la mujer del sueño, parada en medio de una alcoba deliciosamente decorada, estaba volteando ahora hacia el marco de una puerta entreabierta.

De pronto, un brazo de hombre asomó por la puerta entornada. El cuarto donde transcurría el sueño estaba poco alumbrado. Apenas se podía ver al afortunado que, del umbral a la cama, se estaba acercando lentamente al cuerpo desnudo de ella. Por el rubor de sus mejillas y los latidos de sendos corazones, que se traslucían bajo la piel de ambos pechos (o que él adivinaba, ya ven cómo los soñantes se vuelven de pronto videntes y adivinan cosas que en la vigilia no podrían saber), era obvio que se trataba de su primer encuentro.

Súbitamente, el ángulo del sueño cambió. Solía suceder, como si una mano omnipotente hiciera girar como trompo el lugar con el que soñaba el soñante. El futuro “amante” (lo iba a ser, se adivinaba, gotas de sudor le perlaban a Eva la frente y sus manos temblaban como hojas en el viento de otoño) aparecía ahora de espaldas, con los brazos volteados. Tenía en la muñeca derecha dos lunares exactamente iguales a los que él tenía en la muñeca, dos marcas de nacimiento. Él volteó mecánicamente a ver los dos lunares de su muñeca izquierda. Mientras tanto, el hombre del sueño caminó lentamente hacia ella, como si quisiese estirar la cuerda del deseo lo más posible sin que se rompiera.

Al aprendiz de vidente le dolió inmensamente ver esa mirada preñada de caricias que ella nunca tendría para él. Pero se tragó su pesar con un poco de saliva y siguió mirando, aprovechando la coyuntura del neo-barroquismo que la tenía a ella con la mirada todavía

clavada en los labios carnosos del maestro y lo dejaba mirarla sin incomodar a nadie.

Se besaron largamente, ella y el hombre con quien había soñado, en sus narices, sin percatarse de la zozobra de él, de sus manos que se retorcían bajo el pupitre, de su pulso que se aceleraba, del nudo que le atenazaba la garganta. Estaba a punto de voltear hacia el pizarrón, donde brillaba como estrella de solsticio el nombre de un poeta surrealista neobarroco, en un intento de olvidarse de ese sueño imposible para él y esperar a que desapareciera el telón del sueño, cuando ella volteó la cabeza, haciendo girar de nuevo la escena que transcurría en ese preciso momento, la escena extirpada de la noche anterior. Ahora era ella quien estaba de espaldas, tumbada en un revoltijo de sábanas azules, con la parte sur de la columna vertebral surcada por la palma abierta del hombre, y el muslo moreno surcado por la otra palma, blanca y trémula como un lirio de las nieves en el fango.

Ella estiró la mano lánguidamente y prendió la lámpara del buró. Él, sufriendo un verdadero suplicio en pleno salón de clase, no alcanzaba ver, entre mechones de cabellera revueltos, el rostro del usurpador, que le daba impunemente la cara como si no supiera que estaba usurpando algo. Pero rápidamente, como si la luz del buró apuntara hacia él, emergió el rostro del hombre que en la vigilia, tal vez, se había atrevido a invitarla a cenar mientras él tenía un año suspirando en la banca de un aula sin intentar siquiera trabar amistad con ella.

Juntó valor y aprovechó la luz recién prendida de la alcoba del sueño para mirarlo directamente a los ojos sin que el otro, el soñado, su rival, reparara en la añoranza de ese muchacho demasiado tímido para acercarse a Eva Manzano e invitarla al cine (los personajes de los sueños son tan inconscientes, nunca reparan en nada, se decía siempre a sí mismo con ironía, después de haberse pasado la vida viéndolos bailar en un encuadre neblinoso encima de las coronillas). Su contrincante no se dio por enterado de la mirada de asombro que lo escudriñó durante apenas tres segundos, los tres segundos que transcurrieron entre el momento en que ella prendió la lámpara del buró y el instante en que ese muchacho recatado, poseedor de un don singular, lo reconoció. En el trasfondo de su par de ojos tristes parpadeó fulgurante la palabra “espejo”.

No tardó más de esos tres segundos en darse cuenta: Dios mío, el hombre del sueño era él. ¡Se estaba mirando a sí mismo en los brazos de Eva Manzano como en la luna lisa de un ropero antiguo!



**Un
lugar
de paso**
se terminó de editar
en noviembre de 2019
en las oficinas de la Editorial
Universidad de Guadalajara, José
Bonifacio Andrada 2679, Lomas de Guevara,
44657 Guadalajara, Jalisco

Modesta García Roa
Coordinación editorial

Janet Grynberg
Cuidado editorial

Paola E. Vázquez Murillo
Diseño y diagramación